



SECRETARIA DE DÍA

AMANTE DE NOCHE

ANDREA MILANO

Secretaria de día, amante de noche

Andrea Milano

Prohibida su reproducción total o parcial

Uno

Blake Miller se bajó las gafas y alzando las cejas le lanzó una mirada inquisidora a su hermana Stephanie.

—Sabes que estoy buscando alguien que ocupe el puesto que dejó vacante Lucy debido a su embarazo —dijo tratando de no sonar displicente—, pero no sé si lo de contratar a esa amiga tuya que no ves en... ¿cuántos años? ¿Cinco, diez?

—Hace doce años que no veo a Melinda Carson —respondió Stephanie jugando con el lapicero en forma de balón de football que su hermano tenía encima de su escritorio.

—No creo que sea una buena idea, Steph.

Stephanie Miller se puso de pie, caminó hacia la ventana que daba a la calle principal y dándole la espalda, se cruzó de brazos.

Blake sabía que cuando su hermana se ponía en aquella postura era porque estaba molesta.

—No puedes hacerme esto, Blake. Le prometí a Melinda que hablaría contigo al respecto; ella acaba de regresar a la ciudad y necesita el empleo... no puedo romper mi promesa; además ¿qué puedes perder solo con hablar con ella? No te estoy pidiendo que la contrates ya mismo, sino que hables con ella y si te agrada puede quedarse con el puesto de secretaria que Lucy dejó vacante —esgrimió usando todas las razones posibles para convencer por fin al testarudo de su hermano mayor.

Blake se quitó las gafas y se echó hacia atrás en su silla. Unos cuantos mechones de cabello color arena cayó desordenadamente sobre su frente.

—Deberías cortarte el cabello —comentó Stephanie desviando por un segundo el tema de conversación.

—Deja mi cabello en paz —le pidió. Lo llevaba así desde hacía varios años y no le daba la gana cambiarlo ahora. A pesar de estar casi a punto de cumplir treinta y cuatro, aquel corte de cabello desmechado y demasiado largo para un hombre de su edad, le hacía sentirse diferente, rebelde. Nada se comparaba a la sensación de libertad que le provocaba el viento golpeándole en la cara y meciendo su pelo en el aire cada vez que salía a dar un paseo por la playa con su Harley.

—¿De dónde conoces exactamente a esta amiga tuya? —quiso saber viendo que ya estaba a punto de perder la batalla con su hermana.

—Melinda vivía aquí pero se mudó a San Francisco cuando tenía trece años; estábamos juntas en el coro de la iglesia —explicó Stephanie regresando a su asiento—. Puede ser que incluso la hayas conocido; aunque hace doce años tú apenas parabas en casa ya que te la pasabas en la escuela de Medicina.

Blake hizo memoria para tratar de recordar a la amiga de su hermana pero fue inútil, ninguna Melinda vino a su mente.

—No debo haberla conocido, Steph, tampoco me suena su nombre —le dijo viendo la decepción en el rostro de su hermana.

Stephanie buscó su bolso que colgaba de la silla en donde estaba sentada y sacó un sobre.

—Aquí tengo una fotografía de Melinda —anunció entregándole el sobre en la mano.

Blake abrió el pequeño sobre blanco y dentro estaba la foto de su hermana y otra niña. Ambas no debían tener más de doce años en la época en que se habían tomado la foto; estaban vestidas con aquel ridículo uniforme que usaban para ir los miércoles a la iglesia a sus ensayos de canto y sonreían felices.

Definitivamente no había visto nunca a la tal Melinda, porque sin dudas se acordaría de una niña así. La pobre no era muy agraciada y al lado de Stephanie parecía un bicho raro. Tenía el cabello rubio recogido en dos largas trenzas; tenía el rostro cubierto de pecas y su sonrisa se veía opacada por unos enormes aparatos de ortodoncia plateados.

Era un poco más alta que Stephanie y extremadamente delgada; sus piernas se asemejaban a las piernas de los pajarillos; finitas y algo torcidas.

—¿Esta es Melinda? —preguntó a sabiendas de la respuesta que le daría su hermana.

—Así es. ¿La recuerdas?

—Steph, si hubiera conocido a una niña como esta seguramente no se me hubiera borrado de la mente —respondió devolviéndole la fotografía.

Steph comprendió de inmediato a lo que él se refería pero no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Entonces, qué dices? ¿Le digo que venga esta tarde a hablar contigo?

Blake dejó escapar un suspiro; era imposible negarle algo a su única hermana.

—Está bien, dile que venga después de las seis, cuando termine de atender a mi último paciente —dijo por fin—, pero desde ya te advierto que no te hagas ilusiones, solo la entrevistaré, no prometo nada...

Stephanie se levantó y corrió hasta él.

—¡Eres el mejor hermano del mundo, Blake! —dijo mientras lo besaba y lo abrazaba efusivamente.

Blake no pudo menos que sonreír. Stephanie siempre le decía algo como aquello cuando lograba de él lo que quería. Y eso, muy a su pesar, sucedía demasiado a menudo.

Cuando ella se despidió agradeciéndole una vez más por recibir a su amiga esa tarde, Blake se preguntó si haber aceptado el pedido de su hermana había sido acertado.

Necesitaba una secretaria, de eso no había duda alguna, pero una chica como Melinda Carson quizá no era el tipo de mujer que él estaba buscando para ocupar el puesto que por casi cinco años había ocupado su querida Lucy.

Se quitó las gafas y el guardapolvo blanco. Faltaban quince minutos para el mediodía y estaba famélico. Desde la ausencia de Lucy quien había pedido su licencia de maternidad hacía cuatro días, se las había tenido que arreglar como había podido, haciendo él mismo de secretaria y dividiéndose en dos. Estaba además exhausto y si no conseguía pronto a alguien que sustituyera a Lucy estaría perdido.

Gracias a Dios todos sus pacientes venían acompañados por sus madres y eso le había ayudado a mantener la situación casi bajo control. Mientras él atendía a los pequeños las madres le ayudaban a recibir a los demás pacientes; pero aquello no era vida y sus días en el consultorio se habían vuelto un completo caos.

¡Cielos, Lucy! ¿Por qué tuviste que embarazarte? pensó cerrando la puerta de su despacho con llave.



Melinda acababa de cortar con su amiga Stephanie cuando un ruido proveniente de la parte delantera de su automóvil le indicó que algo no estaba andando bien.

Dejó el teléfono móvil sobre el asiento del acompañante y se detuvo a un costado del camino. Odiaba que aquello le pasara; hacía apenas dos semanas que había regresado a Belmont y aquel auto viejo que había pertenecido a su padre ya le estaba dando problemas.

Se bajó y observó que ya era casi la una de la tarde. Stephanie le había dicho que su hermano la esperaba a las seis en su consultorio; tenía aún muchas horas antes de su cita de trabajo pero tenía que ir hasta su casa, darse un baño, comer algo, llevar a su sobrina Annie a su clase de danza y regresar a tiempo para la entrevista con el pediatra hermano de su amiga de la infancia.

Levantó el capó de su auto y cuando vio el humo salir de su interior supo que las cosas estaban peor de lo que había creído.

—¡Maldición! —profirió dándole una patada al neumático que tenía más cerca.

Observó a su alrededor, la zona en la cual su querido auto había decidido jugarle aquella mala pasada no era de las más concurridas de Belmont y ella lo lamentó.

No le quedaba más remedio que llamar a una grúa pero hacía solo dos semanas que había regresado a la ciudad después de trece años y no conocía a nadie que tuviera un taller mecánico. No había ningún local cerca, por lo tanto tampoco conseguiría una guía telefónica en donde buscarlo.

¿Por qué tenía que pasarle eso justamente a ella? Se preguntó mientras se llevaba una mano a la cara para cubrirse los ojos ya que los rayos de sol de aquel mediodía no le permitían ver muy bien.

Regresó a la parte delantera de su auto y observó con atención las distintas piezas que circundaban el motor que seguía lanzando humo. No entendía de mecánica ni mucho menos pero bien podría fijarse cual era el problema y quizá, si tenía suerte, mucha suerte podría solucionarlo ella misma. Se agachó y apoyó ambas manos en el auto.

¿A quién quería engañar? Podía estar allí, mirando aquello durante horas, incluso días y jamás lograría descubrir cual era el problema.

Melinda estaba tan absorta en su *investigación* que ni siquiera se dio cuenta que alguien se aproximaba.

Blake detuvo su Harley Davison a un costado del camino, se quitó el casco y se restregó los ojos para asegurarse que no estaba teniendo una visión.

La imagen de aquella mujer, inclinada sobre el capó de su automóvil con aquella falda tan corta que poco dejaba a la imaginación era una obra de arte; un espejismo en medio del desierto, pero no estaban en el desierto y él seguía creyendo que todo era fruto de su imaginación.

Sin embargo cuando ella se incorporó y lanzó un par de maldiciones al aire supo que ella era tan real como el bulto en sus pantalones.

¡Cielos! Era una deidad cuyos cabellos dorados caían en suaves ondas sobre una espalda estrecha que terminaba en un culo respingado y bien formado. La falda que llevaba revelaba unas piernas largas y bien torneadas.

La estaba viendo de espaldas y se moría por saber que le deparaba la otra mitad de su anatomía.

Ella se dio media vuelta y su curiosidad fue felizmente saciada.

La rubia tenía unos pechos espléndidos; levantados y turgentes, justo como a él le gustaban. Desde donde estaba descubrió un rostro casi angelical, de nariz pequeña y respingada y labios gruesos.

Se apeó de su Harley y se acomodó los pantalones vaqueros. Tenía la polla dura y una punzada de dolor le obligó a detenerse un instante.

Ella no lo había visto, por eso se tomó su tiempo hasta que su erección volvió a su posición normal. Atribuyó aquella reacción a las quince noches de abstinencia que llevaba desde su último revolcón. No podía existir otra explicación.

Dejó su moto y avanzó hacia ella.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó cuando estuvo a solo un par de metros de ella.

Melinda se asustó cuando él le habló porque no lo había sentido acercarse y se dio vuelta de un sopetón.

Él hombre que parecía haber aparecido de la nada y en respuesta a sus plegarias era, sin dudas, un verdadero monumento al sex appeal masculino y Melinda lo notó de inmediato.

El sonido de su voz pastosa, unida a una altura imponente que Melinda calculó en un metro noventa y a un cuerpo de modelo de calendario provocó que ella se quedara muda.

Esperaba ayuda, pero jamás se imaginó que la Divina Providencia le enviara a un hombre como aquel. A Melinda le recordó a un actor que había visto en una película un par de años atrás pero del cual no recordaba el nombre[1].

—Cla—claro —balbuceó perdida en el verde de aquellos ojos que la miraban fijamente.

Blake fue hasta el auto y echó un vistazo.

—No sé mucho de mecánica —le dijo agachándose para poder ver mejor—pero esto no se ve bien.

Los ojos grises de Melinda se posaron en el trasero de su *Ángel Salvador* por unos segundos, los suficientes para saber que aquella parte de su anatomía era roca pura.

—Sucedió de repente —explicó ella apartando la mirada de su trasero de gloria cuando él se dio vuelta y la miró—. Y sucedió en el momento más inoportuno, tengo mil cosas que hacer.

—Puedo llamar a la grúa si quieres pero no creo que puedas disponer de él de inmediato —le dijo espantando el humo que salía del auto con ambas manos.

—¿Y qué demonios se supone que haga yo ahora?

Blake observó hacia ambos lados de la carretera; en el tiempo en que llevaban allí no había pasado ni un alma, podía llamar un taxi para ella, pero en cambio le sugirió algo completamente diferente.

—Podría acercarte a la ciudad, si quieres.

Melinda observó la moto estacionada a unos cuantos metros y la idea no le pareció la mejor pero estaba dispuesta a todo con tal de salir de allí y llegar a su casa a tiempo para llevar a su sobrina a su clase de danza.

—Deja que llame a un amigo, él vendrá a buscar tu auto —dijo él dando por sentado que ella había accedido a que la llevara en su Harley.

Melinda no se negó, después de todo él era el único que había aparecido para ayudarla y no estaba en condiciones de rechazar su propuesta. Él le estaba solo ofreciendo llevarla a la ciudad en su moto y no había nada de malo en aceptar un aventón. Observó su reloj, si se daba prisa llegaría a tiempo para darse un baño, comer algo y llevar a la pequeña Annie a su clase semanal de danza.

—Gracias —le dijo una vez que él terminó su llamada.

—Mi amigo trabaja en un taller mecánico y se encargará de las reparaciones necesarias —le sonrió nuevamente—. ¿Dónde tienes las llaves?

—Están en el encendido —respondió desviando la mirada de aquella sonrisa magnética.

Lo observó mientras él iba por las llaves; se movía como si estuviera seguro de sí mismo y eso era, muy a su pesar, una de las cosas que más le atraían de un hombre.

—Guárdalas —le entregó las llaves y se encaminó hacia su moto.

—¿No esperaremos a que llegue tu amigo? —preguntó Melinda sin moverse de su sitio.

—No hace falta —aclaró él volviéndose al ver que ella se había quedado parada—. No creo que nadie quiera robarte tu auto, *dulzura* —alegó echando una mirada algo desdeñosa hacia el viejo auto que había pertenecido a su padre y que ahora ella conducía.

Melinda no le respondió porque en ese momento él era su única salvación y si hubiera abierto la boca habría sido para lanzarle algún insulto.

—Vamos, te llevaré en mi moto hasta la ciudad y te daré la dirección del taller de mi amigo.

Melinda comenzó a caminar, iba detrás de él en completo silencio.

Blake se subió y extendió la mano.

—Creo que necesitarás mi ayuda —desvió su mirada hasta la falda de su vestido—. Va a costarte bastante esfuerzo subirte con esa falda tan corta.

Las mejillas de Melinda ardieron y ella estuvo segura que se habían teñido de un rojo tirando a morado. Hizo caso omiso a su mano extendida y se colocó junto a la moto.

Observó por el rabillo del ojo que él la miraba fijamente con una sonrisita burlona en su rostro; esperando quizá que ella pidiera su ayuda por fin.

Pero no lo hizo, no le daría esa satisfacción. Estiró su cuerpo y como pudo se subió a la parte trasera de la moto; abrió sus piernas y ese rápido movimiento hizo que la falda se subiera aún más, haciendo las delicias de su demasiado atento espectador. Una vez que logró ubicarse en su sitio, Melinda se movió un poco hacia atrás para no entrar en contacto directo con él.

—Será mejor que te pongas esto —le entregó su casco.

Ella no iba a discutir al respecto, la última vez que se había subido a un medio de transporte con menos de cuatro ruedas había sido cuando su ex y ella daban sus paseos en bicicleta los domingos por la mañana luego de desayunar y hacer el amor, en ese exacto orden.

Se colocó el casco y ajustó la pretina alrededor de su barbilla.

Él no le había quitado los ojos de encima mientras lo hacía y Melinda se sintió terriblemente incómoda.

—No es por nada, *dulzura* pero si no te sujetas fuerte podrías caerte —le advirtió mientras encendía el motor de su Harley.

Melinda ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar y cuando la moto comenzó a avanzar no tuvo más remedio que acercarse a la espalda de su *Ángel Salvador* y sujetarse con fuerza para evitar terminar de bruces contra el asfalto.

Blake no dijo nada, pero una sonrisa triunfadora se dibujó en su cara cuando los brazos de aquella damisela en apuros se aferraron a su espalda.

Las manos de Melinda descansaban en la parte lateral del torso de Blake y a través de la tela de su camisa leñadora, pudo percibir la dureza de su cuerpo. Él era una masa compacta de fibra y músculos y por un segundo, Melinda se preguntó como luciría aquel hombre con cuerpo de Dios griego completamente desnudo.

Los pensamientos de Blake no distaban mucho de los de ella. Sentía sus manos apretándose en sus costados y sus piernas casi desnudas rodeaban sus propias piernas. De vez en cuando, desviaba su atención de la carretera para observar aquellos muslos bronceados que su falda se empeñaba en revelar.

Era demasiada tentación y encima el aroma de su perfume, dulce y exquisito llegaba directamente a él por efecto de la brisa de aquella tarde de primavera. Cuando él aceleró un poco la marcha ella se acurrucó más contra él por temor a caerse y entonces el cuerpo de Blake se tensó como una cuerda al sentir la zona de la entrepierna de su damisela en apuros pegarse a su trasero.

Ese último contacto fue la gota que rebasó el vaso y en solo un segundo la polla se le puso dura.

Era una locura pero hubiera sido capaz en ese preciso momento de detener la moto, coger a su acompañante de la cintura y apretarla contra él para que ella pudiera sentir lo que le provocaba su roce inocente.

Pero el buen juicio ganó la batalla y no lo hizo.

—¿Dónde vives? —preguntó en cambio cuando la moto entró a la ciudad a través de la avenida principal.

—En la calle Richmond, junto a la biblioteca —le indicó ella colocando su bolso entre su cuerpo y el de ella como escudo.

Blake asintió, sabía muy bien que camino tomar para llegar a su destino.

Melinda sentía sofocarse con aquel casco; además debía lidiar con la sensación de vértigo que se había apoderado de todo su cuerpo desde el mismo momento en que se había subido encima de aquella moto. Lo único que quería era que el viaje llegara a su fin lo antes posible.

Cuando la moto se detuvo y Melinda reconoció el portal de la casa de su hermana, dejó escapar un suspiro de alivio. La tortura había acabado.

—Llegamos —dijo él apeándose primero de la moto.

Nuevamente quiso ayudarla, esta vez a bajarse, pero ella lo hizo por sus propios medios.

—Gracias por el aventón. Melinda le entregó el casco y se acomodó el pelo detrás de las orejas.

Blake tomó el casco y antes de que ella lo soltara, le rozó el dedo con un toque casi íntimo que hizo que Melinda diera un respingo.

—De nada, *dulzura*. Un caballero que se precie de tal nunca hubiera dejado a una damisela en apuros en medio de la carretera...

Melinda tragó saliva y fue incapaz de mover la mano que él seguía tocando sin reparo alguno.

—De—debo irme —retiró la mano cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo—. Gracias otra vez. Adiós.

Blake la observó marcharse casi corriendo hacia su casa y se quedó con la palabra en la boca y con las ganas de volver a verla. Tendría la excusa perfecta para hacerlo, no le había dado la dirección del taller de su amigo debido a la prisa con la que ella se había marchado.

Cuando la vio desaparecer detrás de la puerta, se subió a su Harley, se puso el casco que aún conservaba su perfume y se marchó.

Melinda entró en la sala y no halló a nadie, su hermana Sarah seguramente estaría descansando como cada tarde debido a su embarazo de casi ocho meses y la pequeña Annie estaría mirando su programa infantil preferido antes de asistir a su clase de danza. Tampoco había señales de su cuñado Rick; por lo tanto subió las escaleras al comprobar que solo tenía una hora para darse un baño y comer algo antes de llevar a su sobrina a la academia.

Entró a su cuarto como una tromba y ni cuenta se dio que había dejado la puerta entreabierta. Arrojó el bolso encima de la cama y se quitó los zapatos. Luego fue el turno de la camiseta de algodón y de la falda que fueron a dar al suelo.

De pronto tuvo la vaga sensación de que ya no estaba sola y se dio vuelta de un sopetón.

Rick, su cuñado estaba de pie junto a la puerta entreabierta, clavando sus ojos negros en ella, recorriendo su cuerpo atrevidamente.

—¡Rick! ¡Por Dios Santo! —Melinda se agachó y recogió la ropa que acababa de quitarse para cubrir su cuerpo cubierto solo con un sujetador y unas pequeñas bragas de encaje.

Rick abrió un poco más la puerta y dio vuelta la cara.

—Lo siento, Mel, vi que la puerta estaba abierta y entré —dijo a modo de disculpa.

—¡Aún así deberías haber llamado antes de entrar! —reprendió ella yendo hacia la puerta y ocultándose detrás para impedir que él volviera a mirarla de aquella manera que solo lograba ponerle la carne de gallina.

—Perdona, no volveré a suceder —giró la cabeza para volver a mirarla pero ya no pudo ver más nada de aquel cuerpo que lo volvía loco y que soñaba poseer algún día.

—¿Qué quieres? —preguntó Melinda tratando de olvidarse del penoso momento que acababa de protagonizar con el esposo de su hermana.

—Venía a avisarte que luego de la clase de danza, Annie quiere pasar por la casa de una de sus amigas. ¿Puedes llevarla tú?

Melinda lo pensó antes de responder. La clase de su sobrina terminaba a las cuatro de la tarde, si se apuraba podría llegar a tiempo a su cita de trabajo.

—Está bien, yo la llevo —respondió.

—Bien, iré a avisarle a Sarah entonces. Estaba a punto de marcharse pero se detuvo—. A propósito, ¿quién era ese sujeto que te trajo a la casa? ¿Qué le sucedió a tu auto?

—Tuvo un desperfecto en medio de la carretera y ese hombre fue el único que apareció y se ofreció a traerme hasta casa —dijo esperando que quedara satisfecho con su explicación.

Rick la observó y frunció el ceño.

—No deberías aceptar la ayuda de un completo desconocido, Mel, porque supongo que no conoces a ese hombre...

—No, Rick, no lo conocía, es más, ni siquiera sé como se llama —respondió con un dejo de fastidio en la voz. Nuevamente, Rick estaba preguntando demasiado y desde que había llegado a Belmont estaba prestándole exagerada atención a ella y a todo lo que hacía.

No quería pensar mal de su cuñado pero las actitudes que tenía hacia ella la desconcertaban.

—Bien, le diré a Sarah que llevarás a Annie a casa de su amiguita entonces.

La dejó por fin sola y esta vez Melinda se cercioró de ponerle seguro a la puerta.



Melinda miró su reloj por enésima vez mientras Annie correteaba por la sala de la casa de su amiguita con una muñeca Barbie entre sus brazos.

—¡Mira tía Mel! —le dijo mostrándole a la esbelta y peinada muñeca que su amiga Tiffany le había prestado.

Melinda sonrió, faltaban diez minutos para las cinco de la tarde y aún tenía que dejar a Annie en la casa antes de salir para su entrevista de trabajo.

—Annie, debemos irnos, cariño.

La pequeña de siete años puso trompita y detuvo su correteo.

—¿Ya, tía?

—Sí, cariño. La tía tiene una cita de trabajo y no puede llegar tarde.

Annie se despidió de su amiguita y de la Barbie con la que había estado jugando y se prendió de la mano de su tía.

Por suerte, un taxi justo pasaba por delante de la casa de Tiffany y ambas se subieron al vehículo.

—¿De qué vas a trabajar, tía? —preguntó Annie recostándose en el hombro de Melinda.

Melinda acarició los rizos negros de su única sobrina y sonrió.

—Si consigo el empleo, trabajaré como secretaria de un pediatra —respondió.

La pequeña Annie la miró con los ojos bien abiertos.

—¿Un qué?

—Un pediatra, cielo, un doctor que cura a niños hermosos e inteligentes como tú.

—¡Ah! ¡Como el doctor Roberts! —exclamó Annie.

—Sí, Annie, como el doctor Roberts.

Veinte minutos después, Melinda dejó a su sobrina en la casa y siguió con su viaje. Faltaban cuarenta y cinco minutos para las seis y llegaría a tiempo.

—Es aquí —indicó al taxista.

El auto se detuvo frente a un edificio de tres plantas en una de las dos calles principales de la ciudad y luego de pagarle al taxista, Melinda se bajó.

Atravesó la acera lentamente, no tenía prisa alguna porque tenía tiempo de sobra antes de su cita. Entró al edificio y una vez en el ascensor pulsó el botón que la llevaría hasta el segundo piso, en donde se encontraba el consultorio del hermano de Stephanie.

Salió del ascensor y observó el largo pasillo impecablemente aseado. Había cuatro puertas y banquetas de cuero negro a cada lado, empotradas en los muros.

Se acomodó la falda de su vestido blanco con flores en tonos pasteles y se cercioró de que su cabello estuviera en su sitio, ya que lo llevaba suelto y al ser ondulado muchas veces se rebelaba y le caía sobre el rostro.

Había llegado demasiado temprano quizá. Observó el gran reloj que colgaba de la pared que estaba frente a ella y comprobó que faltaban aún veinte minutos para las seis de la tarde. Giró la cabeza hacia un costado cuando escuchó que una puerta se abrió.

Un hombre de unos cuarenta años, vistiendo un guardapolvo blanco avanzaba hacia ella. Melinda se preparó para saludarlo, pero el hombre pasó de largo luego de echarle una rápida mirada.

No era el hermano de Stephanie.

Quizá sería mejor que lo buscara ella misma, por lo tanto leyó los carteles de bronce que colgaban de las cuatro puertas ubicadas a lo largo del pasillo y encontró lo que buscaba en la última de ellas.

Blake Miller, doctor en Pediatría rezaba la placa.

Melinda dio unos golpecitos a la puerta; una voz masculina desde el otro lado le dijo que pasara.

Melinda respiró hondo, sujetó el mango de la puerta con fuerza y lentamente la abrió.

Tres

—¿Qué tanto miras por la ventana?

Rick hizo caso omiso a la pregunta de su esposa y siguió con su vigilia. No hacía ni media hora que Melinda se había marchado luego de dejar a su hija para asistir a la famosa entrevista de trabajo que la tenía tan ansiosa y nerviosa. Ni siquiera media hora y ya estaba deseando verla.

Aquello le ocurría desde el día en que la hermana menor de su esposa se había mudado con ellos; desde ese día no hallaba un momento de tranquilidad, vivía espionando sus llegadas y sus salidas, incluso estaba pendiente de sus llamadas telefónicas, cerciorándose de que no estuviera hablando con algún potencial pretendiente que hubiera dejado atrás en San Francisco.

Su relación con Sarah había empeorado cuando ella había cumplido cinco meses de embarazo. Ella ya no quería que él la tocara por las noches, siempre ponía por excusa que le dolía la cabeza o que tenía unas terribles náuseas y la última que había inventado era que tenía miedo de hacerle daño al bebé si tenían sexo. Por todas esas razones, llevaba más de dos meses de abstinencia.

Hubiera podido hacer lo que hacían otros y buscarse un pequeño desahogo aunque sea una vez a la semana, pero no tenía ni las ganas ni el tiempo de hacerlo, su trabajo en un importante buffet de abogados consumía mucho de su tiempo y de sus energías. Por eso se había conformado, diciéndose a sí mismo que las cosas cambiarían después del nacimiento de su hijo.

Pero sus convicciones se vinieron abajo cuando Melinda se vino a vivir con ellos. La hermana menor de su esposa era una tentación difícil de ignorar. Todo en la menor de las hermanas Carson le atraía. Desde su cabello dorado hasta las curvas sinuosas de su cuerpo. Desde que convivían; no había un día en que no se tocara pensando en ella, en lo que sería acariciar aquel cuerpo y besar aquella boca de labios carnosos y apetecibles.

Tuvo que hacer un esfuerzo enorme por controlar las pulsiones de su polla al imaginarse a su cuñada, después de todo, su esposa estaba a solo un par de metros de él.

—¿Crees que Mel haya conseguido el empleo? —preguntó Sarah quien estaba recostada en su cama con la inmensa barriga al aire.

Rick se dio vuelta y observó a su esposa. Era bonita, no había dudas de eso, pero con este último embarazo había engordado más de la cuenta y eso se notaba en su rostro, en sus piernas hinchadas y en la prominente barriga que cargaba a su segundo hijo. Además se había dejado estar, ya ni siquiera se preocupaba por arreglarse o maquillarse y eso solo ayudaba a desmejorar su aspecto.

—No lo sabremos hasta que regrese —le dijo él sentándose en la cama y dándole la espalda.

—¿Te sucede algo, cariño?

—No, Sarah, no me sucede nada, solo estoy cansado —dejó escapar un suspiro y cerró los ojos solo para recordar el momento en que había sorprendido a Melinda en ropa interior esa misma tarde—. Voy a darme un baño antes de la cena.

—Muy bien, cariño —Sarah tomó el abanico y comenzó a echarse viento mientras observaba a su marido entrar al cuarto de baño.

Rick cerró la puerta y en la soledad de aquellas cuatro paredes y como venía sucediendo desde hacía dos semanas, se masturbó pensando en Melinda.



Lo primero que vio Melinda al entrar al consultorio pediátrico del doctor Blake Miller fue el enorme panel de corcho colgado en la pared junto a la puerta y que contenía las fotos de docenas de niños y niñas sonrientes. Eso le hizo recordar al consultorio del doctor O'Hara, que siempre la recibía con una paleta de fresa y un beso en la mejilla cada vez que lo visitaba por alguna dolencia en compañía de su madre. Ella misma había colgado su foto en el cartel del doctor O'Hara luego de haberse recuperado de una fuerte bronquitis cuando tenía ocho años. Había sido una niña bastante debilucha y siempre estaba enfermándose hasta que el doctor O'Hara le recetó un complejo vitamínico que le ayudó a crecer y a fortalecer sus defensas. Poco quedaba de aquel patito feo que se escondía en casa para no soportar las bromas crueles de los demás niños; los años habían sido bastante benévolos con ella y se había convertido en una mujer completamente diferente a esa niña esmirriada y tímida que había tenido una infancia algo sombría.

—Enseguida estoy con usted —dijo la misma voz masculina que la había invitado a pasar.

Melinda no alcanzó a ver al dueño de aquella voz que de repente le sonó incluso hasta familiar; solo pudo ver a un hombre de espaldas que estaba guardando unos papeles en un viejo fichero a unos pocos metros de donde estaba ella.

Melinda entonces se dedicó a observar las fotos de los niños que le sonreían desde el panel de corcho que ya no tenía espacio casi para una fotografía más.

Cuando Blake terminó de ordenar los expedientes de los pacientes que había atendido esa tarde se dio media vuelta y dirigió toda su atención a la mujer que contemplaba con atención las fotos de *sus niños*, como les gustaba llamarlos.

De inmediato descubrió que había algo en aquella mujer que ahora le daba la espalda que le resultó conocido. Las curvas de su cuerpo y el color dorado de su pelo, que llevaba suelto y que le llegaba casi hasta la cintura, le trajeron reminiscencias de otro cuerpo sinuoso y de otro cabello tan dorado como aquel, que había visto tan solo unas pocas horas antes.

No podía ser y sin embargo allí estaba. Su *damisela en apuros* había venido hasta él y ya no habría necesidad de inventar una excusa para un segundo encuentro.

—Soy Blake Miller —dijo él por fin.

Melinda se dio vuelta y contuvo el aliento por un instante.

¡Era él! Su *Ángel Salvador*, el hombre que la había sacado de un apuro esa misma tarde.

—¿Tú? —los ojos grises de Melinda se abrieron desmesuradamente—. ¿Tú eres el hermano de Stephanie?

Blake extendió su brazo.

—Así es, soy Blake, el hermano mayor de Stephanie.

Melinda se quedó mirando su brazo extendido, dudando en estrechar su mano o no.

—Soy...soy Melinda Carson —respondió por fin dejando que él estrechara su mano entre la suya.

Ninguno de los dos estuvo preparado para la corriente repentina que los golpeó cuando sus manos entraron en contacto. Melinda se sintió atontada y cuando lo miró a los ojos se quedó muda.

Blake todavía no había logrado reponerse del latigazo que sacudió su cuerpo cuando tocó su mano pero eso no le impidió que recorriera aquel cuerpo de infarto de arriba abajo. Ella llevaba un vestido que se le adhería como si fuera un guante, resaltando su cintura estrecha y la voluptuosidad de sus senos.

¿Cómo podía ser posible que esa mujer que tenía enfrente fuera la misma niña que aparecía en la foto de su hermana?

Sin dudas el patito feo se había convertido en el más bello de los cisnes.

—Lo sé, te estaba esperando —dijo él sin soltar su mano—, no creí que nos volveríamos a ver tan pronto.

Y yo no creo que esto me esté sucediendo a mí pensó Melinda tratando de sonreír y disimular su nerviosismo.

Era demasiada casualidad que el hermano de Stephanie, el hombre que quizá le diera empleo fuese el mismo con él que se había topado esa tarde.

El mismo hombre que había despertado sensaciones que creía, estaban dormidas desde que había roto con Matthew cuatro meses atrás.

—Yo tampoco —contestó por fin.

—Siéntate, Melinda —le hizo señas de que ocupara la silla que estaba junto a él y ella lo hizo.

Pero él no se sentó en su sitio, en el lado opuesto del escritorio sino que se ubicó cómodamente en un extremo del mismo, a tan solo unos cuantos centímetros de ella.

—Me dijo Steph que regresaste a la ciudad hace dos semanas y que necesitas el trabajo.

Melinda asintió con un leve movimiento de cabeza fijando su atención en cualquier cosa menos en el verde profundo de sus ojos.

—Steph te ha dicho la verdad; necesito un empleo porque estoy viviendo en casa de mi hermana y mi cuñado. Ellos me han dicho que puedo quedarme el tiempo que sea necesario pero yo no quiero molestar —explicó. La verdad era que quería mudarse de la casa de Sarah porque había notado que últimamente Rick se comportaba de manera extraña con ella.

—¿Tienes experiencia como secretaria? —preguntó él sonriéndole.

Melinda dirigió su mirada hacia él y volvió a caer víctima del hechizo de su sonrisa.

—Como secretaria no, pero he trabajado como recepcionista en el *Saint Francis Memorial* —explicó esperando que sus referencias previas fueran de ayuda.

—Muy bien, en realidad el trabajo es sencillo. Tienes que atender el teléfono, organizar las citas de los pacientes, ordenar sus fichas y esas cosas... nada de otro mundo.

Era demasiado sencillo o al menos eso le pareció a Melinda, aunque estaba segura que no sería nada sencillo lidiar con la atracción que sentía por aquel hombre que conocía desde hacía tan solo unas cuantas horas.

—¿Cuál sería el horario de trabajo?

—Atiendo de lunes a jueves; dos horas por la mañana y cuatro horas por la tarde —indicó clavándole la mirada.

Melinda se movió inquieta en su silla, de pronto estaba sintiendo mucho calor. Se pasó la mano por el cuello y descubrió que estaba sudando. La primavera estaba acabando y a pero aquel cambio de temperatura se debía a otra cosa.

—Si quieres puedes comenzar el próximo lunes —dijo él viendo que ella se había quedado muda de repente.

Melinda sacó unos papeles de su bolso y lo hizo torpemente.

—Aquí están mis referencias —se los entregó en mano y la punta de sus dedos se tocaron.

Ambos se miraron a los ojos, plenamente conscientes de la fuerte sensación que aquel vago contacto provocó en los dos.

—No hace falta que las vea —respondió él sin siquiera echarle un vistazo a sus referencias laborales—, confío en el criterio de mi hermana y ella me ha hablado maravillas de ti.

Él continuaba mirándola y Melinda tuvo que apartar la vista de aquellos ojos intensamente verdes que parecían desnudarla sin ningún escrúpulo. Sintió de inmediato como los colores se le subían a la cara y se preguntó que cosas le habría dicho Stephanie para convencerlo de que la contratara principalmente a ella.

—Bien, entonces nos vemos el lunes —dijo Melinda poniéndose de pie; necesitaba salir de allí antes de ponerse en evidencia con quien sería a partir de unos pocos días su nuevo jefe.

Blake se levantó del escritorio y la acompañó hasta la puerta; la seguía de atrás, a unos pocos centímetros, los suficientes como para disfrutar de la maravillosa vista que le ofrecía su increíble trasero. Aún debajo del vestido que llevaba, Blake se lo imaginó completamente desnudo, erguido y rozagante; inevitablemente aquel pensamiento hizo que su polla se moviera inquieta dentro de sus pantalones.

Él se adelantó para abrirla la puerta y entonces ella le clavó la mirada.

¡Cielos! ¡El gris de sus ojos era algo que nunca antes había visto! Pensó Blake.

—Adiós y muchas gracias otra vez por el aventón de hoy.

—De nada.

Su voz sonaba más profunda y Melinda lo notó de inmediato.

—Hablaré con mi amigo, el del taller —se apresuró a decir Blake antes de que ella pusiera un pie fuera de su consultorio—. Seguramente tendrá tu auto listo para mañana.

—No te molestes, si me das su número yo me encargo...

—De ninguna manera; deja que yo lo arregle con él.

Melinda no tuvo argumento alguno para negarse, después de todo no tenía nada de malo lo que él le estaba ofreciendo. Aceptó y se despidió de él con una sonrisa.

Blake corrió hasta la ventana solo para contemplar como ella atravesaba la acera y se subía a un taxi. Se pegó al cristal y llevó una mano hasta el bulto en sus pantalones que había comenzado a crecer en el preciso momento en que Melinda se había marchado.

Necesito una mujer y la necesito con urgencia pensó riéndose de su actitud.

Me corrijo: no necesito a una mujer, la necesito a ella... reconoció mientras observaba al taxi marcharse.

A la mañana siguiente, Melinda se levantó de buen humor y todos en la casa se preguntaron a que se debía aquel estado de ánimo por demás alegre. Sarah la ametralló con preguntas durante todo el desayuno mientras que la pequeña Annie tironeaba de su brazo para que la llevara a jugar al patio.

Pero el que parecía estar más interesado en lo que estaba sucediendo con Melinda era Rick.

—¿A qué se debe esa expresión en tu cara, cuñada? —preguntó sirviéndose una taza de café y sentándose a su lado.

—¡Dinos, Mel, no nos tengas en ascuas! —pidió Sarah devorando un pedazo enorme de croissant.

Melinda sonrió, era imposible mantener un secreto cuando su familia estaba de por medio.

—He conseguido el empleo de secretaria —soltó por fin—. Empiezo el lunes por la mañana.

—¿Con el hermano de tu amiga? —quiso saber Rick.

—Sí, su nombre es Blake Miller y a partir de la semana que viene será mi jefe —contestó experimentando una extraña mezcla de entusiasmo y ansiedad. Su jefe sería nada más y nada menos el mismo hombre que hacía que toda su sangre hirviera con solo un leve contacto.

—¿Trabajarás de lunes a viernes? —esta vez fue Sarah quien preguntó.

—No, él atiende de lunes a jueves, dos horas por la mañana y cuatro horas por la tarde —informó alzando a su sobrina en brazos—. ¡Annie, no crezcas tan rápido, cariño, de lo contrario pronto no podré sentarte en mi regazo!

La pequeña le sonrió, le rodeó el cuello con sus brazos y le dio un beso en la mejilla. Melinda entonces supo que cuando dejara la casa de su hermana extrañaría a Annie muchísimo. La vería seguido, pero ya no sería lo mismo.

—Voy a extrañarte cuando te vayas, tía Mel —dijo Annie apoyando su cabeza llena de rizos negros en el pecho de Melinda.

Melinda miró a su hermana y a su cuñado buscando una explicación. Ella les había pedido que no le mencionaran nada a la niña de su partida porque quería decirselo ella en persona.

—¿Quién te dijo que me voy a marchar, Annie?

—Annie, será mejor que dejes de molestar a tu tía —dijo Rick de repente, y mirando su reloj: —Termina de arreglarte si no quieres llegar tarde a la escuela.

—Ve cariño, no quiero que llegues tarde por mi culpa, hazle caso a tu papá. Melinda ayudó a bajar a su sobrina y notó entonces que Rick se había puesto nervioso luego de que ella le preguntara a Annie quien le había contado que ella se iría de la casa.

Melinda se quedó meditando unos instantes mientras observaba a su sobrina que terminaba de preparar su bolso para irse a la escuela.

Rick recogió su maletín de encima de una mesita y de la mano de su hija salió de la casa.

—¿En qué piensas? —preguntó Sarah masajeándose la barriga.

—En nada, Sarah, en nada —se puso de pie—. ¿Necesitas algo?

Sarah le sonrió.

—No, no necesito nada —se recostó en la silla—. Creo que iré a recostarme un rato.

—Ve, yo ordeno aquí.

Sarah avanzó lentamente hacia la sala y antes de salir de la cocina se dio media vuelta y miró a su hermana menor.

—Mel... te vamos a extrañar cuando te vayas —le dijo con un mohín de tristeza en su cara algo hinchada.

Melinda no dijo nada, el nudo en su garganta no se lo permitió, por lo que simplemente le dedicó una sonrisa a su hermana para hacerle saber que ella también la extrañaría.



Melinda se encontraba tirada en su cama leyendo un libro, o mejor dicho pretendiendo que leía porque no había logrado concentrarse ni siquiera en una sola palabra debido a que no había podido sacarse de la cabeza a Blake Miller ni un solo minuto. Había pasado un cuarto de las seis y la casa estaba en completo silencio.

Fue por eso que los bocinazos que provenían de la calle fueron muy bien escuchados desde el interior de la casa. Podía ser algún loco que pasaba por allí pero Melinda sabía que no era así. Reconocería aquel particular sonido en cualquier parte y supo de inmediato que aquellos bocinazos estaban dirigidos a ella.

Arrojó el libro sobre la cama levantándose de un salto y luego corrió hasta la ventana.

Allí estaba; su adorado y viejo auto estacionado frente a la casa. De pie y ubicado a su lado, Blake Miller miraba hacia la casa con insistencia. Cuando Melinda vio que se agachaba y metía parte de su imponente anatomía dentro de su auto para sonar el claxon una vez más, supo que tenía que bajar antes de que alertara al barrio entero con aquel escándalo.

Corrió hacia el espejo y revisó su aspecto. Seguramente no estaba muy presentable con los jeans gastados y la camiseta blanca sin mangas que llevaba puestos pero no le importó. Solo se preocupó por arreglarse el cabello, recogidoselo en una cola de caballo a la altura de la nuca.

Bajó las escaleras a toda prisa y se cruzó con su cuñado quien también estaba yendo a ver quien estaba provocando semejante escándalo fuera de la casa.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Melinda cuando la vio bajar corriendo las escaleras.

—Es para mí, Rick, no te preocupes.

Rick se quedó allí observando a Melinda hasta que ella salió de la casa por la puerta principal.

Había demasiado entusiasmo en ella y eso no le gustaba para nada.

Melinda cruzó el jardín que adornaba la parte delantera de la casa de su hermana Sarah y se plantó delante de Blake con ambos pulgares metidos en los enormes bolsillos de sus pantalones vaqueros.

—¿Qué significa esto? —le preguntó reprimiendo las ganas de correr hasta su auto y abrazarse a él como si no lo hubiera visto en años.

—Pasé por el taller mecánico de mi amigo y cuando me dijo que tu auto estaba listo decidí traértelo yo mismo —explicó mientras estudiaba el aspecto de Melinda de aquella tarde. Estaba más sexy que nunca a pesar de aquellos pantalones holgadísimos que llevaba. Su mirada se posó en la curva de sus senos; la camiseta sin mangas que llevaba no era muy estrecha pero podía distinguir que ella no llevaba sujetador debajo.

—Gracias, no debiste molestarte —dijo ella caminando hacia aquella vieja chatarra que había heredado de su padre.

—No es molestia y lo sabes —respondió él sin moverse de su sitio.

—¡Tía, tía!

La pequeña Annie apareció corriendo de la nada y se colgó de los brazos de Melinda.

—¡Hey, Annie! ¿De dónde has salido?

La pequeña no le respondió, en cambio se dedicó a observar detenidamente al extraño hombre que no dejaba de mirar a su tía.

—Hola, Annie —dijo Blake acercándose a ambas.

Annie seguía muda.

—Saluda a Blake, cariño.

—Hola —dijo por fin Annie escondiéndose detrás del rostro de su tía. Melinda no pudo menos que sonreír, al parecer el encanto de Blake Miller alcanzaba límites insospechados, hasta una niña de siete años se sentía cohibida ante su presencia.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —comentó Blake notando de inmediato que la niña tenía el mismo color de ojos que su tía.

—No se lo digas dos veces, porque se lo va a creer —intervino Melinda acariciando el cabello de Annie.

—Solo digo lo que veo, además es evidente de quien heredó parte de su belleza.

Melinda miró a su sobrina para evitar que él notara la turbación en su rostro tras oír aquellas palabras.

La niña se separó y le pidió a su tía que la bajara. En ese momento, Sarah y Rick aparecieron en escena. Sarah con una sonrisa de oreja a oreja, Rick con una expresión algo sombría instalada en su rostro.

—Buenas tardes —saludó Sarah—. ¿No vas a presentarnos a tu amigo, Mel?

—Por supuesto —Melinda sonrió para ocultar su nerviosismo—. Sarah, Rick, les presento a Blake Miller, es el hermano de mi amiga Stephanie y desde el lunes mi nuevo jefe.

Luego de estrechar sus manos y de los saludos cordiales se hizo un repentino silencio.

—Creo que deberías invitar a Blake a cenar, Mel, después de todo tuvo la amabilidad de traerte esa chatarra que tanto adoras.

Melinda hubiera querido matar a su hermana en ese preciso momento; ella rezaba para que Blake se marchara de una vez y a ella no se le ocurría mejor idea que invitarlo a cenar.

—Sarah, no creo que Blake...

Pero Blake no la dejó continuar.

—Será un placer quedarme a cenar con ustedes —dijo lanzándole una fugaz mirada a Melinda quien no parecía estar demasiado contenta con la invitación que su

hermana acababa de hacerle.

A todo esto, Rick permanecía en silencio, observándolo todo. Los gestos del tal Blake, la actitud de Melinda y sobre todo notó la manera en que aquel hombre devoraba a su cuñada con la mirada.

—Rick, cariño ¿me ayudas a preparar la cena? —preguntó Sarah a su marido sacándolo de sus cavilaciones.

—Yo voy contigo, Sarah —dijo Melinda ansiosa por alejarse de Blake aunque sea unos minutos.

Sarah le sonrió.

—Nada de eso, hermanita, tú preocúpate de atender a tu invitado, Rick y yo nos encargaremos de la cena, ¿cierto, cariño?

—Claro, amor —respondió Rick de muy mala gana.

Melinda sabía que se quedaría a solas con Blake por lo tanto se aferró a la mano de su sobrina antes de que se fuera detrás de sus padres.

—¿Te gustaría que laváramos el auto, Annie? —le preguntó peinando su flequillo hacia un costado.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¡Si! —Annie comenzó a dar pequeños saltos de alegría. Lavar la vieja carcacha de su tía era una de las cosas que más le gustaba hacer y por ese motivo Melinda sabía que cuando se lo propusiera, no se negaría. Cualquier cosa le venía bien con tal de no quedarse a solas con el hombre que ahora se cruzaba de brazos y le lanzaba una rotunda mirada asesina.

Blake se quedó observando atentamente a Melinda y a su sobrina, era más que evidente que la idea de ponerse a lavar su auto había sido solo una estrategia para evitarlo a él. Se rascó la barbilla y una sonrisa algo malévola se dibujó en su rostro; aún había algo que podía hacer, una carta que jugar para impedir que Melinda lograra su objetivo de escabullirse de él.

No dijo nada al principio mientras Melinda y Annie iban en busca de la manguera, un par de cubos, algo de jabón y unos lienzos viejos.

Cuando ambas regresaron cargando su arsenal, Blake se acercó a la pequeña y se arrodilló a su lado.

Melinda se quedó de piedra al ver que Blake le estaba susurrando algo al oído de Annie.

Unos segundos después, tanto Blake como su sobrina estaban con una sonrisa de oreja a oreja en sus rostros demasiado alegres para su gusto.

—¿Qué se traen ustedes dos? —quiso saber curiosa.

Ninguno de los dos le respondió, parecía que ambos se habían complotado en su contra.

Entonces cuando vio que Blake cogía la manguera que ella había dejado sobre el césped, comprendió lo que habían estado tramando a sus espaldas.

—Tu sobrina me ha dicho que puedo ayudarlas —dijo muy campante Blake mientras le hacía señas a Annie de que ya podía abrir el grifo del agua.

Melinda abrió exageradamente la boca.

—¡Pero, eso no es necesario! —replicó observando como su sobrina abría el grifo del agua lentamente.

—No les vendrá mal un poco de ayuda extra —Blake apuntó la manguera hacia la parte delantera del auto de Melinda desoyendo su protesta—. La niña parece estar encantada conmigo, *dulzura* —alegó en tono socarrón.

Melinda abrió la boca para decir algo pero se abstuvo de hacerlo; solo podía escupir alguna grosería y comprendió a tiempo que hubiera sido un error de su parte hacerlo. El hombre que se burlaba de ella en ese momento y que había usado a su sobrina para confabular contra ella era su jefe... y necesitaba el trabajo.

¡Maldición! Dijo para sus adentros.

¿Qué demonios podía hacer? Solo seguirle el jueguito absurdo que él se había empeñado en jugar.

Tomó uno de los cubos con agua del suelo y comenzó a enjabonar la parte lateral de su auto mientras Blake con la manguera mojaba el parabrisas y la pequeña Annie lavaba los neumáticos con un paño mojado.

Un cuarto de hora más tarde, todo el auto estaba completamente enjabonado y Blake más que dispuesto a darle un buen uso a su manguera.

Pero lo que Melinda no se esperaba lo que sucedió a continuación.

Blake la tomó desprevenida y le lanzó un chorro de agua fría. Melinda saltó hacia atrás y observó como sus pantalones estaban completamente empapados.

—¡Qué demon...

No alcanzó a terminar su maldición cuando un segundo chorro le dio de lleno en la parte superior de su cuerpo.

Los gritos de Melinda se mezclaban con la carcajada estridente de Blake y la risa inocente de Annie quien, de pie, detrás de Blake observaba toda la escena divertida.

—¡Detente, demonios! —gritó Melinda dando saltos en el lugar intentando esquivar el chorro de agua fría pero la puntería de Blake era implacable y terminó completamente empapada.

Blake por fin se detuvo y se quedó observando el espectáculo tentador que suponía aquella diosa de cabellos dorados con la ropa mojada pegada a su cuerpo. Sus ojos rápidamente se quedaron en la parte posterior del torso de Melinda, allí en el preciso sitio en donde los pezones erguidos se dejaban ver a través de la tela de algodón de su camiseta. Estaba tan distraído observando esa deliciosa parte de la anatomía de Melinda que apenas pudo reaccionar cuando ella le quitó la manguera de las manos y cobró su venganza.

—¡Ahora estamos a mano, señor Miller! —le gritó mientras apuntaba el chorro hacia la parte baja de su cuerpo.

—¡Annie, por favor, cierra el grifo! —pidió él mientras el agua se le metía por todos lados.

—¡No, cariño, no lo hagas! —Melinda sonrió maliciosamente. Primero se encargaría de que él quedara más empapado que ella.

Blake intentó acercarse a ella y quitarle la manguera pero Melinda se movió hacia un lado cuando él se abalanzó encima. Su misión de escapar no duró demasiado; le bastó un segundo de distracción a Blake para coger a Melinda del brazo y quitarle la manguera.

—¿Te has divertido? —preguntó él atrayéndola hacia él y mirándola directamente a los ojos.

Melinda quiso zafarse pero él la sostenía con fuerza. De repente la respiración de ambos se había acelerado y poco tenía que ver con el ajeteo por el que acababan de pasar lanzándose agua el uno al otro.

La manguera aún seguía en la mano de Melinda y el agua seguía cayendo encima del césped pero parecía que no se daban cuenta.

Se formó un charco alrededor de ellos pero seguían mirándose ya sin pronunciar palabra alguna.

—¡Van a pescar una pulmonía! —la voz de Rick fue lo único que los devolvió a la realidad.

Melinda se separó de Blake y observó que su cuñado cortaba el agua. Echó un vistazo al suelo y descubrió el desastre que acababan de hacer.

—¡Mira como estás, Mel! —la reprendió Rick acercándose a ellos.

Melinda intentó reír, después de todo había sido una travesura, pero cuando se dio cuenta que la camiseta que llevaba se había hecho prácticamente transparente todos los colores morados habidos y por haber se le subieron a la cara. Se cruzó inmediatamente de brazos para cubrirse y se alejó hacia la casa.

—Iré a cambiarme de ropa y ayudar a Sarah con la cena.

Ambos hombres se quedaron observándola hasta que ella desapareció del alcance de su vista. Luego, Rick se dio media vuelta y miró al inoportuno invitado.

—Deberías cambiarte de ropa tú también —sugirió con la esperanza de que se marchara a su casa y olvidara la cena.

—Ven, Blake, le diré a mamá que te preste algo de ropa de papá —Annie se prendió a la mano de Blake y lo llevó a la casa.

Rick metió ambas manos en los bolsillos de sus pantalones y apretó los dientes.

No le gustaba para nada ese sujeto y encima tenía que soportar que se sentara a su mesa y que usara su ropa.



Melinda salió del baño envuelta en su bata de felpa favorita y se sentó en su cama. Después de la mojadura con agua fría, la tibieza de su tina le había parecido un oasis.

Se quitó la toalla que envolvía su cabello y se lo peinó con los dedos. Todavía debía decidir que se pondría para la dichosa e improvisada cena con su familia y su nuevo jefe.

Fue hasta el closet y revolvió las perchas una y otra vez. No quería vestirse demasiado formal, después de todo estaba en la casa de su hermana, pero al mismo tiempo quería verse bonita.

Se decidió por una falda ligera en tonos violáceos y una blusa negra sin mangas que se abrochaba en la parte frontal. Estaba conforme con su elección, nada sofisticado pero un atuendo que sin dudas resaltaba sus atributos físicos.

Estaba a punto de quitarse la bata cuando alguien llamó a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó antes de abrir. No quería que la escena vivida con Rick se volviera a repetir.

—Melinda, soy yo, ábreme.

Melinda se llevó una mano al pecho cuando escuchó la voz de Blake desde el otro lado de la puerta.

—¿Qué haces aquí arriba? ¿Qué quieres? —preguntó.

—Tu hermana me ha prestado ropa de su esposo, al parecer pensó que podía pescar un resfriado o algo peor.

—Eso responde a la primera de mis preguntas solamente —le dijo ella sin abrir la puerta aún.

—Por favor, ábreme, necesito decirte algo.

¿Qué sería eso tan urgente que quería decirle? ¿Acaso se había arrepentido de contratarla luego del baño que ella le había dado en el jardín?

—Blake, hablamos luego.

—No puedo esperar... es importante —alegó en un intento por convencerla de que abriera la puerta por fin.

Esas palabras tuvieron el efecto deseado y ella le abrió.

Melinda tuvo que hacer un esfuerzo por no dejar escapar una carcajada. Sarah le había dado un pantalón y una camisa que pertenecían a Rick y siendo su cuñado más bajo que él, la ropa le quedaba patéticamente ridícula. Los pantalones no le llegaban a los tobillos y la camisa parecía que fuera a explotar de un momento a otro.

—¡No te atrevas a reírte de mí! —levantó el dedo índice y le lanzó una mirada asesina.

Melinda movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro, de su boca estaba a punto de escapar una risa pero se contuvo apretando los labios.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó tratando de olvidarse de su aspecto.

Blake la miró de arriba abajo; la bata que llevaba Melinda se había abierto en la parte delantera y buena parte de una de sus piernas se asomaba descaradamente.

—Podría querer muchas cosas...

Melinda dio un paso atrás y puso los brazos en jarra.

—¡Habla o márchate! —ordenó para ocultar su nerviosismo.

Blake no dijo nada, simplemente se metió en su cuarto y cerró la puerta.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —Melinda retrocedió unos pasos más y chocó con la cama.

Él vio que Melinda había quedado atrapada y en dos zancadas estuvo a tan solo un par de centímetros de ella.

Melinda quiso gritar que saliera de su cuarto, que no se vería bien que él estuviera allí pero cuando Blake la miró con esos ojos verdes las palabras se le atragantaron en la garganta.

Tampoco pudo hacer nada cuando él la asió de la cintura y la pegó a su cuerpo.

Sin preámbulo alguno, él buscó sus labios y la besó con frenesí; la devoró y la saboreó; saciándose con su sabor, con su humedad. Hurgó en la cavidad tibia de su boca y le introdujo la lengua que rápidamente se unió a la de ella.

Melinda hubiera querido luchar contra él pero ni siquiera podía luchar con lo que su propio cuerpo estaba experimentando.

Ella ya estaba completamente entregada a él y a su beso cuando Blake dejó de besarla de repente.

—Quise hacer esto desde el primer momento en que te vi —dijo él con la voz claramente afectada.

Melinda apenas se había recobrado del sofoco cuando él la soltó.

—Te espero abajo, *dulzura* —le susurró él al oído antes de dejar su habitación.

Melinda se dejó caer en la cama. Le temblaban las piernas y otras partes de su anatomía que sin dudas, se habían quedado con ganas de más, mucho más.

¿Qué diablos había sido eso?

¿Cómo podría bajar y mirarlo ahora a la cara y fingir delante de su familia que nada había ocurrido?

¿Y en el trabajo? ¿Cómo se suponía que tendría que actuar delante de él después de que la había besado de aquella manera?

Preguntas a las cuales Melinda no pudo hallar respuesta alguna.

Cinco

Melinda apenas había probado bocado, la presencia de Blake la tenía más inquieta de lo normal; no sabía si era la manera en que él le clavaba la mirada y se quedaba viéndola o el recuerdo del beso que le había dado en su habitación solo unos momentos antes.

Blake en cambio parecía estar muy a gusto celebrando los halagos de Sarah y respondiendo cada una de las preguntas que su hermana le formulaba. De vez en cuando, Melinda observaba su reloj, rogando para que aquella tortura terminase de una vez pero los minutos parecían pasar más lento de lo habitual, o al menos eso creía ella.

—No vas a tener ningún problema con Mel, Blake —comentó Sarah sonriendo—. Mi hermanita es la persona más responsable que conozco y apuesto a que tus pacientes la adorarán.

Blake sonrió. *No solo mis pacientes la adorarán* pensó antes de responder.

—Stephanie me habló maravillas de tu hermana, Sarah y estoy seguro que no me arrepentiré de contratarla, creo que ni siquiera voy a extrañar a Lucy.

Melinda no pudo evitar sentir curiosidad al oír en nombre de la tal Lucy.

—¿Quién es Lucy? —preguntó Sarah quitándole las palabras de la boca a su hermana.

—Lucy es mi anterior secretaria, está embarazada y decidió que ya no quiere lidiar conmigo —guiñó el ojo—, prefiere quedarse en su casa a cuidar a su esposo y esperar la llegada de su primer hijo, del cual ya me ha prometido que será el padrino.

Inexplicablemente, Melinda sintió cierto alivio al descubrir por fin quien era Lucy.

—Debes tener un *feeling* muy especial con los niños —comentó Sarah observando como él le hacía muecas a su hija quien parecía estar encantada con el nuevo amigo de su tía.

—Lo tengo, sí —respondió él y todos notaron que se había emocionado.

—Serás un padre excelente —vaticinó Sarah.

Melinda la fulminó con la mirada cuando advirtió el tono que estaba tomando la conversación hasta ahora inocente de su hermana.

—Solo te falta encontrar la mujer adecuada —añadió a pesar de la furia de Melinda.

Blake se quedó en silencio, al parecer Sarah había tocado un punto sensible y él prefirió no seguir hablando del tema.

—Bueno, creo que será mejor que me marche —dijo de repente Blake acariciando los rizos de Annie que se había sentado en su regazo—. He molestado lo suficiente ya.

No te imaginas cuanto pensó Rick agradeciendo que el hombre al fin se fuese.

Melinda también experimentó cierto alivio cuando él decidió marcharse, necesitaba estar a solas para reflexionar sobre lo que había sucedido entre ellos y sobre todo para saber que actitud tendría que tomar de ahora en adelante frente a él. No podía olvidarse que Blake Miller era su jefe... debía olvidarse que la había besado y debía olvidarse cuanto lo deseaba; no tenía otra alternativa.

Sarah buscó su ropa que ya estaba casi seca e invitó a Blake a que subiera a la planta alta para cambiarse mientras ellos levantaban los trastos de la mesa.

Blake subió las escaleras de prisa y ya en el pasillo buscó la habitación de Melinda. Entró y observó aquel lugar en el cual dormía la mujer que le había quitado el sueño. Fue hasta la cama y acarició las sábanas de satén en tonos morados y se la imaginó a ella completamente desnuda debajo. Su polla reaccionó de inmediato y tuvo que sentarse. Sus ojos se desviaron hacia un mueble antiguo con varios cajones que servía de cómoda, un impulso lo empujó a ir hasta allí y abrió el primero de los cajones. Estaba lleno de lencería, de todos los colores, sujetadores de seda, de satén y de encaje; bragas de todos los tamaños pero abundaban las pequeñitas, sacó una de color roja con encaje en los bordes y se la llevó a la nariz.

Cerró los ojos y aspiró con fuerza, impregnándose de su olor. La diminuta y delicada tela olía a rosas y a jabón. Una mezcla que de inmediato le recordó a su dueña. Regresó a la cama y tuvo que sentarse, tenía una erección descomunal y necesitaba liberarla. Con una mano abrió la cremallera de los pantalones prestados que llevaba mientras que la otra seguía sosteniendo las bragas de Melinda. Sacó la polla fuera de los pantalones; estaba enorme y dura, comenzó a estirla con lentos movimientos, al mismo tiempo sus labios apretados mordían las bragas, justo en la parte delantera en donde la tela alguna vez había tocado el coño de Melinda. Los tirones comenzaron a hacerse cada vez más intensos y las bragas terminaron envolviendo su polla dolorida. Acabó en la ropa interior de Melinda y dejó escapar un sonoro suspiro de alivio cuando descargó su semilla en la suave tela de encaje.

Una vez que estuvo repuesto se quitó la ropa que le había prestado el esposo de Sarah y se puso la suya; las bragas manchadas con su semen estaban encima de la cama, entonces decidió que se las llevaría consigo, no solo para ocultar su pecado sino para conservarla para él.

Antes de bajar fue hasta el cuarto de baño y se mojó la cara; no quería que nadie descubriera lo que había estado haciendo en la habitación de Melinda, mucho menos que ella lo supiera, no quería que renunciara a su empleo antes de empezar.

Cuando llegó a la sala, observó que Melinda no estaba.

—Mel está en la cocina, lavando los platos —dijo Sarah adivinando el pensamiento de Blake—, puedes pasar y despedirte de ella.

Blake asintió y al entrar a la cocina vio que Melinda estaba apoyada contra el fregadero secando una taza de porcelana. La falda se le había adherido en la parte trasera dejando ver la forma redondeada de sus generosas caderas. Ella le daba la espalda y ni siquiera había notado su presencia.

Blake reprimió el impulso de acercarse y pegarse a su cuerpo para volver a sentirla temblar entre sus brazos.

Ella se movió para buscar otra taza y entonces lo vio.

—¿Cuánto tiempo llevas allí? —preguntó secándose las manos en su delantal.

—Solo un par de minutos. *Los suficientes para dejarme tentar por las curvas de tu cuerpo* se dijo para sus adentros.

—Se ha secado tu ropa —comentó ella prestando atención nuevamente a la vajilla que estaba secando.

—Sí, he venido a despedirme, no quería irme sin saludarte —le dijo él avanzando hacia ella.

Melinda salió del fregadero y caminó hacia la mesa, justo en dirección contraria hacia donde él estaba leyendo.

¡No pretenderá despedirse con otro beso! Pensó mientras ponía una de las tazas recién secadas encima de la mesa.

Blake notó de inmediato que ella estaba nerviosa y lo evitaba, lo lamentó y mucho pero no podía hacer nada al respecto, al menos no por ahora.

Ella había reaccionado a su beso y sabía que era cuestión de tiempo para que terminara en sus brazos nuevamente y la próxima vez no se detendría por nada del mundo. Melinda sería suya y eso era ya tan inevitable como el hecho de que no podía dejar de pensar en ella desde la primera vez que la había visto en esa carretera despotricando contra su viejo automóvil.

—Nos vemos el lunes, espero que seas puntual —le dijo él a modo de despedida.

—Estaré allí a las nueve, no te preocupes la puntualidad es una de mis mayores virtudes —respondió sonriéndole por primera vez desde que él había entrado en la cocina para despedirse.

—Hasta el lunes, entonces.

—Hasta el lunes.

Melinda se quedó sosteniendo una taza en la mano mientras lo veía irse.

Faltaban más de cuarenta y ocho horas para que llegara el lunes y se encontró preguntándose si sería capaz de soportar tanto tiempo sin ver a Blake Miller.

¡Qué tonta eres, Melinda Carson! ¡Por supuesto que vas a soportar no verlo en todo ese tiempo! Pensó sonriendo mientras guardaba la taza en la alacena.



Melinda no podía conciliar el sueño, dio mil vueltas en la cama pero era inútil. Una sola imagen plagaba su mente; la de ella y Blake besándose en aquella misma habitación. No podía tampoco sacarse el sabor de sus labios y el olor de su loción de afeitarse.

Comprendió que dormir aquella noche sería una misión casi imposible de lograr por lo que decidió levantarse. Encendió la lámpara y saltó de su cama. Quizá lo único que la ayudaría esa noche fuera un enorme vaso de leche tibia con canela y miel, si eso no la ayudaba a dormir entonces se resignaría a pasar la noche en blanco.

Ni se preocupó por ponerse algo encima y bajó a la cocina con sus shorts de algodón y su musculosa con dos de los personajes de *South Park* estampados en el frente.

La luz que provenía de la calle iluminaba la cocina por lo que no encendió la luz, fue hasta el refrigerador y sacó el bidón de leche. La calentó y luego de agregarle una cucharadita de canela y dos de miel la bebió. Si no la ayudaba a conciliar el sueño al menos la ayudaría a relajarse, además le había quedado deliciosa.

Pegó un salto cuando la luz se encendió deprisa y vio a su cuñado vistiendo solamente la parte inferior de su pijama junto a la puerta.

—¿Te asusté? —preguntó él entrando en la cocina y yendo hacia el refrigerador.

—Si —respondió Melinda terminando de beber su leche tibia.

Rick sacó una jarra con agua del refrigerador y buscó un vaso en la alacena, cuando lo hizo pasó por delante de ella y su brazo desnudo le rozó los senos.

—Lo siento —dijo él sin mover ni siquiera un centímetro el brazo.

Melinda se dio media vuelta y dejó su vaso dentro del fregadero, de repente tuvo la urgente necesidad de salir de aquel lugar y alejarse de su cuñado. Pero cuando intentó girarse nuevamente, él le impidió moverse.

La luz que entraba por la ventana iluminó el rostro de Rick y Melinda sintió como un escalofrío subía y bajaba por su espalda.

—Déjame que me vaya, Rick —le pidió.

Él no le respondió simplemente levantó un brazo y la acarició el hombro desnudo.

—¡Dios Santo, Mel! ¡Eres tan hermosa! —dijo mirándole el escote de su camiseta.

Melinda abrió sus ojos como platos. ¡Aquello no podía estar ocurriéndole!

—Rick, por favor...

La mano de Rick subió ahora por su cuello y se detuvo en el mentón de Melinda.

—No te imaginas las veces que soñé con poder tocarte, sentirte de esta manera —le dijo él intentando llegar más lejos aún—. Quiero besarte, Mel

—¡No! —gritó ella intentando zafarse—. ¡Suéltame!

Rick la sostuvo entonces con más fuerzas apoyándola contra el fregadero. Melinda podía sentir como el frío mármol comenzaba a clavarse en su cintura.

—No grites, no querrás que Sarah se despierte.

Melinda se sintió terriblemente asqueada; su cuñado estaba intentando seducirla mientras su esposa dormía en el piso de arriba. Quería abofetearlo pero él le apretaba las manos contra el fregadero, pero no iba a permitir que aquella situación llegara más lejos. Movi6 una pierna y logró levantarla lo suficiente como para atestarle un certero rodillazo en la entrepierna que hizo que él la soltara por fin.

—¿Por Dios, Melinda qué haces? Rick se llevó las manos a su bragueta y se retorció de dolor.

—¿Qué es lo que haces tú, Rick? —inquirió ella alejándose de él lo suficiente para que no volviera a tocarla.

—¿Acaso no lo sospechabas?

—¡Demonios, no! —había notado cierta actitud en él pero jamás se hubiera imaginado que su cuñado abrigara esa clase de sentimientos hacia ella.

—Me gustas mucho, Mel. No he podido dejar de pensar en ti desde que te mudaste con nosotros —se incorporó y le sonrió—. Eres una tentación muy grande, Melinda.

Ella retrocedió aún más cuando vio que él se acercaba nuevamente.

—¡No te me acerques! —pidió tratando de no levantar demasiado la voz para no despertar a la inocente de su hermana.

—¿Sabes lo difícil que ha sido para mí tenerte tan cerca y no poder tocarte, no poder besarte —bajó el tono de su voz—. No hay un día que no me toque pensando en ti, Melinda...

Melinda se llevó las manos a los oídos pero eso no impidió que escuchara la sarta de obscenidades que él comenzó a decirle.

—Déjame al menos que te de un beso —rogó él extendiendo su mano hacia ella.

Melinda lo miró de arriba abajo, en sus ojos grises solo había asco y furia.

—¡No vuelvas a acercarte a mí nunca más, Rick! —gritó antes de salir de la cocina.

Corrió aturdida hacia el exterior de la casa, ni siquiera podía pensar bien en lo que iba a hacer ahora pero lo que sí sabía era que en ese momento necesitaba salir de allí y poner distancia de su cuñado.

Se dirigió hasta el patio trasero y se subió a su automóvil. Apretó con fuerza el volante y luego encendió el motor. No tenía un rumbo prefijado pero no le importaba. Apretó con rabia el acelerador y salió disparada hacia la calle, una vez que las llantas de su viejo auto tocaron el asfalto, Melinda condujo a toda velocidad

hasta que se perdió en medio de la noche.

Cuando Melinda regresó a la casa eran pasadas las tres de la mañana; subió corriendo las escaleras y se encerró en su habitación. Buscó su maleta y la llenó con todas sus pertenencias. No podía quedarse en aquella casa un día más. Sería un infierno convivir con Rick después de lo sucedido y además ya no podría mirar a Sarah a los ojos, la pobre jamás se podría imaginar que su propio esposo había intentado follarse a su hermana menor.

No tenía idea adónde se iría, tenía algo de dinero ahorrado no era mucho pero al menos le alcanzaría para dormir en algún hotelucho barato hasta que cobrara su primer sueldo.

Cualquier cosa era preferible a soportar aquella situación tan desagradable. Le vinieron náuseas al recordar la manera en la que Rick la había tocado, al recordar las cosas que le había confesado sin ningún escrúpulo.

Cuando terminó de meter todo en la maleta se recostó e intentó dormirse pero le costó hacerlo, podía sentir las asquerosas manos de su cuñado tocándola.

Deseaba que ya amaneciera para poder hablar con Sarah y despedirse de ella y de la pequeña Annie; no podía marcharse sin decirles adiós, solo esperaba no toparse con Rick una vez más.

Cuando había logrado conciliar un sueño liviano, el ruido de pasos en el pasillo la despertó. Se puso en estado de alerta pero suspiró aliviada cuando escuchó la voz de su hermana.

—Mel, el desayuno está listo. Annie te ha preparado tus galletas preferidas y quiere que las pruebes.

Melinda sonrió amargamente. ¿Cómo le diría a Sarah que se marchaba? ¿Qué excusa valedera podía inventar para no preocuparla?

—Ya bajo, Sarah —le gritó levantándose de un salto de la cama.

Cuando llegó a la cocina, observó con alivio que Rick no estaba, echó un vistazo al reloj y supuso que a aquellas horas de domingo estaría jugando su habitual partida de golf con sus socios abogados.

En la mesa, Annie acomodaba las galletitas de avena que había horneado para ella el día anterior mientras Sarah servía el café.

Melinda se acercó y se sentó en un extremo. Annie le ofreció una galleta y ella la aceptó.

—¡Está deliciosa, cariño! —exclamó antes de acercarse a su sobrina y darle un sonoro beso en la mejilla.

—Le salen cada vez mejor, ¿no crees? —comentó Sarah sentándose al lado de su hermana menor.

Melinda asintió. Debía decirle a Sarah que se marchaba de su casa ese mismo domingo.

—Sarah... hay algo que debo decirte —dejó la galleta de avena a medio comer sobre una servilleta—. Me marcho.

Los ojos de Sarah se abrieron como platos.

—¿Qué dices?

—Eso mismo, me voy hoy de tu casa, ya tengo lista mi maleta —alegó evitando por un instante el mirarla directamente a los ojos.

—No puedes hacerme esto, Mel. Falta un mes y medio para que nazca tu sobrino... te necesito.

Mel odiaba estar haciendo aquello y hubiese preferido cualquier cosa antes que tener que atravesar por tal situación pero no encontraba una solución a su problema y jamás le contaría a Sarah el verdadero motivo de su súbita partida.

—Sarah, no he estado contigo durante el embarazo de Annie y nada malo te ha sucedido, todo saldrá bien. Entiende que tengo que irme, no me siento bien aquí viviendo de arrimada —argumentó.

—¡No digas algo así! Además acabas de conseguir empleo y pronto podrás aportar para los gastos de la casa, aunque sabes que ni a Rick ni a mí nunca nos importó ese asunto, eres mi hermana y creo que has sido bien recibida en esta casa —de repente Sarah sonaba realmente ofendida.

—Sarah, sé que es así pero entiende que prefiero irme.

—¿Y adónde piensas mudarte?

Melinda sonrió mientras buscaba una respuesta a la pregunta de su hermana.

—Con Stephanie... me ha ofrecido pasar unos días en su departamento hasta que encuentre algo acorde a mis posibilidades —fue lo primero que se le ocurrió y no sonaba del todo incoherente.

—¿Y crees que en casa de tu amiga vas a estar mejor que aquí, con tu familia?

—Por supuesto que no, Sarah —hizo una pausa y tocó el brazo de su hermana—. No me lo hagas más difícil, además no me voy al fin del mundo, Stephanie vive cerca de aquí y...

—¿Es por causa de su hermano, no es así?

Melinda se sorprendió por el cuestionamiento de su hermana.

—¡Claro que no! ¡El hermano de Steph no tiene nada que ver con esto! —¿Cómo se le había ocurrido a Sarah semejante idea?

—Lo digo porque he notado cierta tensión entre ustedes —respondió Sarah cuidando que su hija no oyera lo que no tenía que oír.

—Para nada, Blake es mi nuevo jefe y hermano de una amiga de la infancia, no entiendo a que clase de tensión te estás refiriendo —replicó algo confusa.

—Estoy hablando de la clase de tensión que surge entre un hombre y una mujer cuando ambos se gustan.

Melinda soltó una carcajada para que Sarah no notara que había dado en el clavo.

—Estás viendo cosas que no son, Sarah.

Sarah no dijo nada pero no podía estar molesta por la repentina decisión de su hermana.

—¿Por qué no te quedas hasta que nazca el niño?

—¡Tía Mel, no te vayas! —la vocecita de Annie se sumó a la de su madre.

Melinda sabía que llevaba las de perder, eran dos contra una y se la estaban poniendo muy difícil.

—No puedes irte, Mel, tu sobrina predilecta te está pidiendo que te quedes —adujo Sarah guiñándole un ojo a su hija.

¿Qué podía hacer? No quería irse por su hermana y por la pequeña Annie a quien adoraba pero convivir con Rick sería un infierno. Quizá la única solución era quedarse y tratar de evitar a su cuñado a toda costa. Quizá después de lo sucedido, él mismo se daba cuenta del error que había cometido y no volvía a acercarse a ella para tratar de seducirla.

—¿Qué dices? —preguntó Sarah expectante.

Melinda contó hasta cinco y soltó un suspiro.

—¡Está bien, ustedes ganan!

Sarah y Annie se abalanzaron encima de ella y la abrazaron. Había tomado una decisión y esperaba no arrepentirse después.

—Tenemos que seguir hablando de ese otro *asunto* —dijo Sarah una vez que la niña se retiró a su habitación a jugar con sus muñecas.

—¿A qué *asunto* te refieres? —preguntó Melinda haciéndose la desentendida.

—Un *asunto* que mide fácilmente un metro noventa, tiene unos ojos verdes increíbles y un cuerpo de los mil demonios —dijo sonriendo divertida.

Melinda no pudo evitar contagiarse de la risa de su hermana.

—¡Eres insoportable a veces! ¿Lo sabías?

—Insoportable, no. Soy perspicaz y muy buena observadora —la corrigió mientras llevaba las tazas sucias al fregadero con dificultad debido a su prominente barriga.

Melinda no le dijo nada, solo se limitó a levantarse de su silla para ayudar a su hermana; jamás admitiría delante de ella que moría por Blake Miller.



Melinda se despertó ese lunes con un nudo en el estómago; no sabía si estaba nerviosa porque era su primer día de trabajo o porque vería a Blake nuevamente. Le costó decidirse que atuendo sería el más adecuado para la secretaria de un doctor de niños por lo que creyó que una falda y una blusa a tono sería lo más indicado.

Terminó de vestirse y se quedó un rato más en su habitación, esperando que Rick se marchara a su despacho. El día anterior había logrado evitarlo, él se había quedado en el club a almorzar con sus socios y había llegado a la casa muy tarde; no había querido encontrárselo a la hora de la cena por lo que se excusó con su hermana diciéndole que no tenía hambre.

Sabía que no podía ser siempre así y que se toparía con su cuñado en cualquier momento pero prefería retardar esa nefasta situación lo más posible.

Cuando escuchó que el auto de Rick salía de la casa entonces bajó a desayunar. Respondió a Sarah con una sonrisa cuando ella le dijo que Rick le deseaba suerte en su primer día de trabajo. Si su hermana sospechaba algo de su actitud hacia su marido al menos no le mencionaba nada; y esperaba que nunca descubriera lo que Rick había pretendido hacer con ella dos noches atrás.

Se despidió de Sarah y de la pequeña Annie quien le prestó su medalla de la suerte para que la llevara en su bolso.

—Gracias, cariño —le dijo antes de marcharse guardando con cuidado la medalla con un ángel de la guarda tallado en uno de sus lados.

El recorrido hasta el consultorio de Blake no le llevó más de veinte minutos y cuando arribó eran casi las nueve. Le había prometido ser puntual y lo estaba cumpliendo; sería horroroso quedar mal con él en su primer día de trabajo.

Aparcó su viejo coche en el estacionamiento y se bajó. Acomodó su falda, se atusó el cabello que aquella mañana había peinado en una discreta cola de caballo y se dirigió hacia el edificio.

—¡Melinda!

Melinda se detuvo en su lugar; la voz de Blake gritando su nombre la dejó completamente sorprendida. Se dio media vuelta y lo observó avanzar hacia ella con una enorme y seductora sonrisa instalada en su rostro.

—¡Blake, no te había visto! —dijo ella sonriéndole también.

—Hemos llegado al mismo tiempo —dijo él observando su atuendo de ejecutiva.

Melinda notó el fuego en su mirada mientras él la recorría sin ningún pudor. Estaban en medio del estacionamiento y sin embargo parecía que a él eso no le incomodaba.

—Te... te dije que la puntualidad es una de mis mayores virtudes —le recordó ella haciendo un enorme esfuerzo por mantener la calma y olvidarse la manera en la que él la estaba contemplando.

—Sospecho que no es la única —manifestó Blake acercándose demasiado a ella al punto de rozarle los pechos con el brazo.

Melinda dio un respingo y se cruzó de brazos para esconder el efecto primitivo que aquel simple contacto había provocado en ella. Él la había solo rozado y sus pezones habían respondido de inmediato. ¿Cómo haría entonces para convivir cuatro días a la semana, ocho horas diarias con él?

—Vamos —Blake le hizo señas de que entraran al edificio y ella se movió antes de que él la sujetara de la cintura para guiarla hacia dentro.

El recinto del ascensor estaba vacío cuando ellos subieron y apenas se cerró la puerta, Melinda tuvo la sensación de que Blake quería repetir el beso que le había dado en su cuarto. Él se acercó y apoyó una mano en la pared del ascensor, justo detrás de su cabeza y cuando estuvo a tan solo un par de centímetros de ella, Melinda cerró los ojos.

—No he podido borrar el sabor de tu beso —le susurró él al oído.

Melinda no respondió pero esbozó una sonrisa de satisfacción. Ella tampoco había podido borrar su beso y las sensaciones que le habían provocado pero no podía olvidarse que él era su jefe y ella su secretaria.

Cuando abrió los ojos, él estaba a punto de besarla. Melinda logró escaparse de él, escabulléndose por debajo de su brazo que continuaba apoyado contra la pared del ascensor.

Por fortuna para ella y para desgracia de Blake en ese preciso momento la puerta se abrió y un par de mujeres entró al ascensor.

Melinda percibió el fastidio de Blake pero también notó las miraditas que le echaban ambas mujeres a su nuevo jefe. Una de ellas, la más joven y más descarada había posado sus ojos en la entropiada de Blake sin ningún pudor. Él la había descubierto mirándolo y le sonrió.

¡Cielos! ¡Qué desfachatez! Se dijo Melinda tratando de apartar la mirada y de pensar en algo más. La muchachita estaba coqueteando abiertamente con él y él le seguía el juego. En un momento la descarada se atrevió incluso a guiñarle un ojo. Aquella situación era inaudita y Melinda sintió rabia.

Finalmente el ascensor llegó a destino y ella fue la primera en salir, seguida por Blake quien no dejaba de sonreírle a su nueva admiradora.

Entraron en su despacho y Melinda caminó de prisa hacia su escritorio, dejó su bolso y se puso a mirar unos papeles.

—Allí, en ese cuaderno están las citas de esta semana —le indicó él percibiendo cierto enfado en ella; creía saber el motivo y eso solo lograba excitarlo.

Melinda abrió el cuaderno forrado con un papel rojo chillón y se puso a leer.

—Tienes cuatro pacientes esta mañana —dijo sin levantar la mirada.

Blake miró su reloj.

—Iré a mi despacho a cambiarme, no tarda en llegar mi primer paciente.

Melinda lo observó irse a su despacho y cerrar la puerta. Una vez que estuvo sola se dejó caer en su asiento y lanzó un bufido.

¿Por qué demonios estaba tan molesta? No tenía motivos para estarlo y sin embargo no podía evitarlo. Le había molestado la actitud de esa muchacha hacia Blake pero lo que más le había molestado era la atención que él le había prestado.

No había dudas de que Blake Miller era un mujeriego de ligas mayores y Melinda tenía muy claro que era precisamente de esa clase de hombres de los que tenía que mantenerse alejada.

Una cosa era saberlo pero otra muy distinta hacerlo.

Blake le gustaba y mucho y a pesar de que sabía que una relación con él no llegaría lejos no podía evitar lo que sentía por él, tampoco podía evitar las ganas de que él la volviera a besar.

La puerta de su despacho se abrió de repente y el ruido sacó a Melinda de sus cavilaciones.

Blake llevaba ahora su impecable delantal blanco y un estetoscopio colgaba de su cuello.

Él iba a decirle algo pero una mujer con un niño entró en ese preciso momento. Melinda la invitó a sentarse y chequeó los datos de la mujer con los datos del cuaderno.

—¿Señora Riley, verdad?

La mujer asintió mientras intentaba hacer que su hija se quedara quieta.

—Pase señora Riley —dijo él desde la puerta de su despacho.

Los demás pacientes de esa mañana llegaron y en unos cuantos minutos la sala de espera se llenó de mujeres preocupadas y niños inquietos.

A las once y diez minutos el último de sus pacientes se marchó y quedaron nuevamente solos.

—Melinda, podrías venir a mi despacho por favor —le pidió él quitándose el delantal y el estetoscopio.

—Enseguida —respondió ella poniéndose de pie.

Cuando entró al despacho de Blake, él estaba de pie junto a la ventana.

—¿Qué necesitabas?

Él se dio media vuelta y la observó de arriba abajo; lo que él necesitaba en ese momento dudaba que ella estuviera dispuesta a entregárselo.

Melinda tragó saliva, esperando su respuesta que parecía no llegar nunca.

—Quería decirte que estoy satisfecho con tu trabajo; lo has hecho muy bien.

Melinda sonrió.

—Estaba un poco nerviosa al principio —reconoció mirándolo a los ojos.

—Es normal, pero esos nervios se irán desvaneciendo con el correr de los días.

—Espero que sí —respondió ella plenamente consciente de que él estaba alejándose de la ventana y se acercaba a ella—. Será mejor que ordene las fichas de los pacientes que atendiste esta mañana —dijo ella de repente dándose media vuelta y dispuesta a salir.

Blake fue más rápido y antes de que ella diera un paso más, la sujetó de la cintura y la detuvo.

—Melinda, espera...

Melinda se quedó petrificada mientras él la envolvía por la cintura con sus brazos.

—Blake... no —su pedido sonó demasiado débil.

Él hizo caso omiso a sus palabras y se apretó contra ella. Agachó la cabeza y hundió el rostro en la nuca de Melinda.

—¿No qué? —quiso saber él; sus manos ahora subían por los costados de Melinda hasta detenerse debajo de sus pechos.

Ella sintió como los dedos de Blake apretaban suavemente la carne sensible de sus pechos; como respuesta inmediata sus pezones se endurecieron, irguiéndose hacia él, buscando sentir sus manos.

Blake respondió de inmediato y mientras su boca besaba el cuello de Melinda, él había metido sus manos debajo de la camisa y dibujaban pequeños círculos alrededor de sus pezones que aún debajo de la tela de su sujetador se percibían duros como guijarros.

Un torbellino recorrió el cuerpo de Melinda, acabando con toda posible resistencia si es que alguna vez la había poseído. Tiró la cabeza hacia atrás, apoyándola en el hombro de Blake y entonces cuando ella ladeó la cabeza solo un poco él atrapó su boca con la suya. Mordió su labio inferior e introdujo su lengua con violencia; ella lo recibió gustosa dejando que él tomara posesión de su boca. Dejó escapar un mudo gemido cuando él apretó y tironeó uno de sus pezones. Se apretó más contra el cuerpo de Blake y la tensión en su vientre se acrecentó cuando sintió la fuerza de su erección golpear contra sus caderas.

Aquello no estaba bien, lo sabía pero no podía evitar lo que sentía por él. En ese momento no eran jefe y secretaria sino un hombre y una mujer dejándose llevar por la pasión.

Pero unos golpes en la puerta acabaron con la magia del momento y los obligó a separarse.

Melinda se acomodó la camisa dentro de la falda mientras Blake hacía lo imposible por ocultar la enorme erección que abultaba sus pantalones.

—¿Quién es? —preguntó él sin dejar de mirar a Melinda.

—Doctor Miller, soy Peter Colbert, el representante de *Medicus*, habíamos acordado que vendría hoy después de su última consulta —dijo una voz masculina desde el otro lado de la puerta.

—¡Demonios, lo había olvidado! —masculló Blake yendo hacia la puerta.

Melinda terminó de recomponerse antes de que el tal señor Colbert ingresara al despacho.

Un hombre cincuentón y completamente calvo entró y estrechó la mano de Blake.

—Espero que no se haya olvidado que teníamos una cita —dijo observando por un instante a Melinda quien continuaba de pie en un rincón.

—No, por supuesto que no —respondió Blake evidentemente nervioso—. Señor Colbert, le presento a mi nueva secretaria Melinda Carson.

El hombre extendió su brazo y apretó la mano de Melinda.

—Un placer Melinda.

—El placer es mío —le sonrió y se fue hacia la salida—. Los dejo solos.

Peter Colbert se quedó observando la partida de Melinda atentamente, más específicamente sus pequeños ojos negros se habían posado descaradamente en el trasero de la nueva secretaria del doctor Blake Miller.

—Muy bonita su secretaria, doctor Blake —comentó con una sonrisa pícaro.

Blake no le respondió porque lo que tenía ganas de decirle hubiera roto definitivamente con la relación laboral que llevaba con *Medicus* desde hacía tres años.

Melinda fue hasta su escritorio, acomodó el cuaderno de citas y guardó las fichas de los pacientes, de vez en cuando miraba hacia la puerta cerrada del despacho de Blake pero parecía que la reunión sería larga.

Había terminado su trabajo y ellos no salían, dejando escapar un suspiro, cogió su bolso y se encaminó hacia la puerta. Saldría a almorzar a algún lugar cercano y regresaría para su horario vespertino. Se volvió y buscó un papel y un bolígrafo. No podía marcharse así sin más.

Escribió un par de renglones y dejó la nota junto al ordenador.

La leyó antes de marcharse.

Blake, salí a almorzar.

Vuelvo en un par de horas,

Mel

Luego de su almuerzo en un pequeño restaurante a un par de cuadras del consultorio Melinda regresó para cumplir con su horario vespertino. Llegó diez minutos antes de las dos de la tarde y la sala de espera estaba aún vacía. Observó que la nota que le había dejado a Blake había desaparecido, desvió su mirada hacia su despacho y en ese preciso momento él abrió la puerta.

Fue verlo y experimentar un intenso cosquilleo recorriendo cada espacio de su cuerpo. Él se acercó y la observó. Melinda notó cierta tirantez en su mirada.

—Me hubiera gustado que almorzáramos juntos —dijo él por fin suavizando su expresión.

Ella dejó su bolso y se sentó.

—Lo siento pero tu reunión no acababa y además no me habías mencionado que querías almorzar conmigo —respondió ella sin mirarlo directamente a los ojos.

—Podrías compensarme aceptando cenar conmigo esta noche —dijo él acercándose a su escritorio.

Melinda le clavó la mirada y en sus ojos verdes vio que él estaba hablando en serio.

—¿Compensarte?

—Así es, por haberme dejado con las ganas...

Melinda se ruborizó.

—Con las ganas de comer contigo —añadió él sonriendo atrevidamente.

Faltaban tres minutos para las dos y su primer paciente de la tarde llegó.

—¿Qué me respondes? —preguntó Blake bajando la voz.

Melinda saludó a la mujer que acababa de entrar con un niño regordete en brazos y le sonrió, retrasando el momento de darle una respuesta a su jefe.

Sabía lo que le diría, solo quería jugar con la incertidumbre de Blake unos segundos más.

Ella lo miró a los ojos y le sonrió.

—¿Es eso un sí? —quiso saber ansioso.

—¿Tú que crees? —retrucó ella tratando de que la recién llegada no advirtiera lo que estaba sucediendo entre el pediatra de su niño y su nueva secretaria.

Blake se fue hacia su despacho con una sonrisa de oreja a oreja instalada en su rostro. Desde la puerta, dijo:

—Melinda, espera cinco minutos y dile a la señora Spence que entre.

Ella asintió, miró a la mujer que no dejaba de observarla y agradeció cuando sonó el teléfono.

La tarde transcurrió tranquila, había fallado uno de los pacientes de Blake y la consulta terminó unos minutos antes de lo previsto. Melinda ordenaba las citas para el día siguiente mientras Blake rellenaba unos formularios para el pedido de nuevos medicamentos.

La puerta del despacho de Blake estaba abierta y desde su lugar podía ver las piernas largas y bronceadas de Melinda asomándose por debajo de su escritorio.

Había logrado que ella aceptara cenar con él y ese había sido un paso importante; solo tenía que procurar no arruinarlo todo. No quería correr con Melinda aunque se muriera por llevársela a la cama. Tenía la impresión que la amiga de su hermana no era el tipo de mujer que él estaba acostumbrado a tratar y a convertir en su amante. Sin embargo no podía negar que la deseaba como nunca antes había deseado a otra mujer. Debía controlar sus impulsos de ir hacia ella y hacerla suya encima de su escritorio.

Ya tendría el tiempo y la situación perfecta esa noche durante la cena; procuraría que fuera especial, una cita que ninguno de los dos pudieran olvidar. Dejó escapar un suspiro y trató de concentrarse en los formularios que tenía que llenar.

Melinda de vez en cuando levantaba la vista y veía a Blake concentrado en su tarea, o al menos eso era lo que parecía. Le gustaba verlo en su rol profesional y en las pocas horas que llevaba trabajando para él había comprobado que se llevaba de maravillas con los niños; esa conexión especial no solo se había dado con su sobrina sino con cada uno de sus pacientes.

Será un excelente padre algún día pensó Melinda suspirando. No era difícil imaginárselo cargando a una pequeña en los hombros o jugando con un niño al balón. Sacudió la cabeza. ¿De dónde habían surgido semejantes pensamientos?

Otra pregunta había surgido en su mente... ¿Por qué había aceptado cenar con él esa noche?

Al principio pensó que sería la excusa perfecta, una más, para escapar de la casa de su hermana y de la molesta presencia de su cuñado por algunas horas pero luego comprendió que quería cenar con Blake porque le gustaba, la atracción que sentía hacia él era tan poderosa que incluso no la dejaba razonar bien, porque si lo hubiera meditado mejor no hubiese dado un sí como respuesta a su invitación.

La cena conllevaba cierto peligro y ella lo sabía, después del momento de intimidad que habían compartido esa mañana en su despacho cualquier cosa podía suceder entre ellos esa noche y eso, en vez de asustarla, la excitaba.

Cuando terminó con su tarea se puso de pie y recogió su bolso. Ni bien se puso de pie, Blake salió de su despacho y se acercó.

—Supongo que lo de la cena sigue pendiente —dijo él apoyando las caderas en el extremo de su escritorio.

—Por supuesto —respondió ella yendo hacia la puerta—. ¿Dónde piensas llevarme?

Él la miró y ella percibió cierto aire de misterio en sus ojos verdes.

—Es una sorpresa pero puedo asegurarte que cenarás deliciosamente esta noche —le aseguró él.

Melinda sonrió; estaba comenzando su juego de seducción una vez más y eso solo lograba encenderla. Tenía que marcharse antes de cometer una locura.

—¿Pasas por mí a mi casa?

—Estaré allí a las ocho. ¿Te parece bien?

—Sí —se alejó del escritorio y no pudo evitar que él la sujetara de la mano antes de que se marchara.

—Prométeme que te pondrás guapísima, quiero ser la envidia de todo el mundo esta noche —le dijo él clavándole la mirada.

Ella se mordió el labio inferior antes de responder.

—Te lo prometo.

Blake quiso atraerla hacia él pero ella le puso una mano en el pecho.

—Nos vemos esta noche, Blake...

Él dejó escapar un suspiro de resignación y asintió.

—Hasta esta noche —le cogió la mano y se la besó.

—Hasta esta noche —contestó Melinda soltándose para luego caminar sinuosamente hacia la salida.

Blake la observó hasta que ella se perdió del alcance de su vista. Agachó la mirada y descubrió que sería una tortura esperar hasta la noche, el bulto en sus pantalones se lo estaba diciendo a gritos.



Melinda llegó a la casa y se encerró en su cuarto, había visto el auto de Rick en la cochera y no deseaba encontrarse con él. Tenía todavía un par de horas antes de que Blake pasara a buscarla y quería dedicarlas a arreglarse. Le había prometido que estaría guapísima y cumpliría su promesa. De camino a casa había pasado por una lencería y se había comprado un conjunto de ropa interior negro formado por unas pequeñas bragas de tela transparente y un sujetador adornado con encajes y delicadas puntillas en color rojo. Había sido una osadía comprárselo pero no se arrepentía de haberlo hecho. Era consciente que cualquier cosa podía suceder esa noche y quería estar preparada y escandalosamente sensual.

Revolvió en su closet y luego de sacar unas cuantas prendas que arrojó encima de la cama para tener un mejor panorama se decidió por un vestido corto de color negro que se ajustaba a las curvas de su cuerpo como un guante. No tenía mangas y un escote pronunciado dejaría a la vista el encaje de su sujetador. Buscó un par de sandalias que hiciera juego y luego se dirigió hacia el espejo en donde se puso a jugar con el peinado que llevaría esa noche.

Finalmente se decidió por llevar su melena atada en la coronilla con un lazo de terciopelo negro que le había regalado su sobrina en su cumpleaños.

Ordenó todo lo que se pondría encima de la cama y comenzó a quitarse la ropa. Se daría un baño relajante con su sal de baño favorita, esa que hacía que toda su piel oliera a lavanda.

Estaba a punto entrar al cuarto de baño cuando alguien golpeó a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó temerosa.

—Soy yo, Mel.

Melinda aflojó la tensión y suspiró aliviada. Caminó hacia la puerta y le quitó el cerrojo.

—¿Por qué tenías la puerta cerrada con llave? —preguntó Sarah entrando a su habitación cargando unas cuantas toallas.

Melinda se pasó una mano por la cabeza.

—Seguramente ni cuenta me di de que la había cerrado con llave —dijo.

Sarah notó de inmediato el nerviosismo de su hermana y al ver la ropa encima de la cama creyó saber el motivo de sus nervios.

—¡Vaya, parece que tenemos una cita esta noche! Sarah movió el vestido y descubrió la ropa de encaje debajo—. ¡Guau, parece que tendremos guerra también!
¿Quién es el afortunado?

Melinda estuvo a punto de decir algo pero su hermana no la dejó ni siquiera abrir la boca.

—¡Ya sé, no me digas nada! ¡No hace falta! —Dijo contenta—. ¡Vas a salir con tu jefe! ¡Sabía que había algo entre ustedes!

—Sarah, no te hagas ninguna ilusión, solo me ha invitado a cenar.

—¿Y desde cuando para ir a cenar mi hermanita menor se compra un conjunto de ropa íntima tan sensual?

Era imposible refutar las palabras de Sarah y Melinda lo sabía. Terminó por darle la razón mientras terminaba de quitarse la ropa.

Unos minutos después y luego de que su hermana se hubiera marchado luciendo una enorme sonrisa de oreja a oreja, Melinda se metió en la tina y se quedó allí dejando que todo su cuerpo se relajara.

Cuando se dio cuenta que faltaba menos de una hora para que Blake viniera por ella salió del baño envuelta en su bata. Ya en su habitación se secó y comenzó a vestirse como si fuera una especie de ritual de seducción. Sabía que se vestiría para matar y anhelaba ver la expresión en el rostro de Blake cuando la viera.

Luego de que se puso la ropa interior se colocó el vestido; le quedaba más ajustado de lo que recordaba pero no le importó, aquella noche estaban prohibidos la compostura y la sensatez; se dejaría llevar por lo que sentía y no se detendría a pensar en el después.

Acomodó el vestido lo más que pudo pero era inevitable que se le subiera cada vez que daba un paso. Además el escote demasiado profundo revelaba una porción de encaje de su sujetador y sus pechos abundantes se asomaban un poco por el borde. Sonrió al pensar hacia donde estarían dirigidos los ojos de Blake la mayor parte de la noche; y pensar en ello la excitó. Se tocó el vientre con una mano y casi inconscientemente su mano subió hasta tocar uno de sus pezones. Dejó escapar un gemido al recordar como los dedos de Blake habían acariciado aquel punto sensible de su cuerpo esa misma mañana.

Cálmate, Mel, cálmate se dijo respirando hondo un par de veces. No haber tenido sexo en los últimos cuatro meses, específicamente desde la separación con Matt, sin dudas la había dejado más sensible de lo normal.

Se calzó las sandalias de tacón alto y se sentó en el tocador para arreglarse el cabello y maquillarse. Sacó el lazo de terciopelo de dentro del primer cajoncito de su cómoda y se ató el cabello en lo alto de la coronilla. Retiró algunos mechones y los acomodó a ambos lados de su rostro para darse un toque más informal. Cuando llegó el turno de maquillarse se decidió por una sombra de color pastel en la gama de los lilas y los azules. Se aplicó un poco de rimel y un labial rosado con sabor a fresa en los labios.

Se puso de pie y comprobó por última vez su atuendo.

Sin dudas había cumplido la promesa que le había hecho a Blake y esperaba que él compensara su esfuerzo.

El sonido de un auto acercándose a la casa hizo que su corazón comenzara a latir más de prisa. Observó su reloj, faltaban diez minutos para las ocho pero parecía que Blake estaba tan ansioso como ella.

Cuando Melinda bajó en compañía de su sobrina quien había ido hasta su cuarto para anunciarle que su cita había llegado, vio que Blake estaba en la sala conversando animadamente con Sarah y su cuñado.

Tanto Blake como Rick se dieron vuelta al verla bajar las escaleras. Ambos quedaron impactados ante la imagen de Melinda descendiendo aquellos escalones

lentamente. Melinda clavó su mirada en los ojos verdes de Blake que se habían encendido de repente y despedían un brillo intenso. Ni siquiera le dirigió una mirada a su cuñado aunque sabía que él la estaba devorando con los ojos sin importarle que Sarah estuviera prendida de su brazo.

—¡Dios, Mel, estás radiante! —exclamó Sarah contemplando a su hermana.

Cuando Melinda terminó de bajar las escaleras, Blake avanzó hacia ella y se acercó.

—Promesa cumplida —le susurró al oído para que nadie escuchara.

Melinda no pudo evitar sonrojarse por su comentario y por su cercanía.

Ella lo observó y descubrió que él también había echado mano a su mejor vestuario. Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa celeste con un par de botones desprendidos que dejaban ver su pecho. Se había peinado la melena hacia atrás y aún la llevaba mojada. Melinda aspiró hondo, además olía deliciosamente bien. Una exótica mezcla de sándalo y mentol que la embriagó de inmediato.

Por unos segundos Blake había logrado que ella se olvidara de la presencia de su hermana, de su sobrina y especialmente la de su cuñado.

—¿Nos vamos? —preguntó él extendiendo el brazo.

Melinda dejó que él la cogiera de la mano y la condujera hacia la salida.

—¡Qué se diviertan! —les gritó Sarah desde la sala.

Rick, a su lado, no había pronunciado palabra alguna. Por dentro tenía unas enormes ganas de correr hasta Melinda y separarla de Blake. Impedirle que se marchara con él y terminara esa noche en su cama.

Ambos entraron a la casa cuando Melinda y Blake se marcharon.

—Hacen una linda pareja, ¿no crees? —comentó Sarah entrando a la cocina seguida por su hija y su esposo.

Rick no dijo nada, seguía rumiando la rabia de saber que Melinda se había ido con otro hombre, vestida de aquella manera.

Sarah notó la expresión de disgusto en el rostro de su marido pero no dijo nada, últimamente las cosas no andaban muy bien entre ambos, sobre todo en la cama y la culpable era ella. Desde hacía un par de meses había perdido las ganas de tener sexo, parecía que su libido se había evaporado con el embarazo, no le había ocurrido cuando esperaba a Annie y no entendía porque ahora con este segundo embarazo las cosas habían cambiado.

Estaba perdida en sus pensamientos que no notó que su esposo se acercó por detrás y metió una mano debajo de su vestido.

—¡Rick, la niña!

—Annie subió a su cuarto —dijo él besando el cuello de su mujer con ímpetu.

Ella trató de separarlo pero las manos de Rick subían por sus muslos, buscando ahora debajo de sus bragas. Sarah sintió casi de inmediato la dureza de su erección golpeando contra su espalda.

—¡Rick! ¿Qué te sucede? —la repentina embestida de su esposo no dejaba de sorprenderla, hacía meses que no la tocaba y ahora de pronto parecía haberse desatado. No lo reconocía y eso la asustó.

—Sarah... por favor —pidió él lamiendo y mordiendo su cuello.

—¡Rick, suéltame! ¡Me estás haciendo daño! —Gritó Sarah intentando zafarse—. Nunca antes habías hecho algo así... ¿qué sucede contigo?

—¡Déjame, Sarah, por favor! —exigió él abriendo la parte delantera de su vestido. De inmediato, su mano buscó uno de los pechos llenos de Sarah y lo estrujó con fuerza.

—¡Me haces daño, Rick! —Sarah le gritó a punto de echarse a llorar.

Rick no le respondió y tampoco la soltó. Estaba completamente fuera de sí, desenfrenado y haciendo oídos sordos a las súplicas de su esposa. En ese momento solo tenía en mente sacarse el deseo de follar que llevaba contenido desde hacía tanto tiempo. El rechazo de Melinda y su posterior salida con Blake habían sido el disparador; la gota que había rebasado el vaso y ya no aguantaba más.

—Te necesito —le susurró él al oído cerrando los ojos.

No era el cuerpo que quería tocar ni el olor que quería que se impregnase en su piel pero aquella noche eso no le importó. No quería detenerse, quería follar a su esposa e imaginarse a su cuñada en sus brazos.

Eso era lo único que le importaba esa noche.

Pero Sarah no estaba dispuesta a ser tratada de esa manera y como pudo logró escapar de los brazos y los besos violentos de su irreconocible esposo.

Se apartó y miró al hombre que aquella noche había estado a punto de tomarla por la fuerza. Había terror en su mirada.

—¡Vete, déjame sola! —le gritó desesperada.

Rick aún jadeaba y su polla estaba erecta.

—¡Demonios, Sarah soy tu marido! —replicó él sin importarle el pánico en su mirada.

—Te desconozco, Rick... no sé que es lo que te ocurre pero así no se hacen las cosas —dijo ella buscando calmarse pero aún seguía temblando.

Entonces cuando Rick vio el estado de conmoción en el que estaba su esposa comprendió lo que había estado a punto de hacer.

—Sarah... —extendió la mano y buscó la de ella—. Lo siento.

Sarah no le dijo nada, solo salió corriendo de la cocina como pudo y subió las escaleras en dirección a su habitación.

Rick respiró hondo, intentando calmarse. Había estado a punto de cometer una locura, lo sabía. Se pasó la mano por la cabeza y dio unas patadas en el suelo.

Estaba furioso consigo mismo pero estaba más furioso aún con toda aquella situación que se le escapaba de las manos.

Deseaba a Melinda y ella se había marchado con su jefe dispuesta a todo con él y eso era lo que había provocado su actitud violenta hacia Sarah.

Melinda lo estaba volviendo loco y no tenerla se había vuelto una obsesión.



Melinda observaba el paisaje costero que lentamente iban dejando atrás. Ignoraba hacia donde la estaba llevando Blake pero aquella incertidumbre le agregaba más excitación a su primera cita.

No recordaba algún restaurante en aquella parte de la ciudad pero había estado ausente de Belmont doce años y eso era mucho tiempo.

Le echó un vistazo a Blake quien parecía completamente concentrado en conducir, una mano aferraba con fuerza el volante y la otra descansaba en la manija de cambio. Los ojos de Melinda se posaron en aquella mano, tan grande y tan suave a la vez. Un hormigueo bajó por su vientre al recordar como él la había tocado esa mañana. Todo su cuerpo estaba expectante, consciente de lo que podría llegar a suceder aquella noche. La cena podía fácilmente convertirse en algo más y ella lo sabía. Y lo deseaba; deseaba acabar en la cama de Blake Miller más que nada en el mundo.

—¿En qué piensas? —le preguntó él de repente apartando la vista de la carretera uno instantes.

Melinda se sonrojó. Jamás le diría los pensamientos que cruzaban por su mente en ese preciso momento.

—En nada —simplemente respondió.

Blake sonrió y desvió su mirada hacia su escote. Melinda había apoyado un brazo en la ventanilla abierta de la puerta y esa posición hacía que sus pechos se juntaran hacia delante. Una visión generosa y tremendamente tentadora. Melinda era la clase de mujer que irradiaba sensualidad por cada poro de su piel y a Blake, eso lo enloquecía. Faltaba solo unos pocos metros para llegar y eso fue motivo suficiente para abstenerse de detener el auto y hundir su rostro entre aquellas dos montañas suaves y carnosas que parecían querer escaparse de su vestido.

Melinda descubrió hacia donde iba dirigida la atención de Blake y se sintió tan deseada que de solo pensarlo comenzaba a excitarse. Ella misma desvió la mirada hasta posarla en la entrepierna de Blake, solo para comprobar que él estaba tan o más excitado que ella.

No hubo necesidad de palabras y cuando Blake detuvo el auto a un costado del camino se olvidaron del mundo. Las manos de Melinda le quitaron la pretina de su cinturón mientras él acercaba el rostro a sus pechos. En tan solo cuestión de segundos; la boca de Melinda estaba succionando su polla con fuerza mientras las manos de Blake se metían debajo de la falda de su vestido y le apretaban las nalgas con fuerza.

Él se movió un poco hacia atrás para que ella pudiera jugar con su polla con total libertad. Su lengua subía y bajaba por toda la extensión de su verga erecta y cuando ella la metía y sacaba de su boca, en suaves movimientos primero y luego con tirones más violentos, Blake sintió que todo su cuerpo se tensaba como las cuerdas de una guitarra. Estaba a su total merced y la sensación era apabullante. La dejó hacer mientras él respondía gimiendo de placer, hundiendo sus manos en las caderas carnosas de ella para ayudarla en su vaivén.

Melinda podía sentir la punta de la polla de Blake llegando hasta lo más profundo de su garganta y sabía que en cualquier momento él la inundaría con su néctar. Movié su cabeza de manera que ahora podía verlo mientras seguía chupando y lamiendo. Blake la miró, completamente embelesado, perdido en un trance exquisito y que no parecía tener final.

Estaba por correrse y ambos lo sabían, entonces Melinda cambió el ritmo de su mamada, moviéndose encima de él, su cabeza iba de un lado a otro mientras se metía la polla más adentro en cada succión.

—¡Oh, Dios! —exclamó él en medio de los jadeos.

Aquellas palabras fueron lo que Melinda necesitó para dar su estocada final. Se irguió un poco hacia arriba, levantando las caderas para ubicarse mejor. Una de sus manos apretó los testículos de Blake mientras que la otra sujetó la polla por la raíz. Separó un poco la boca y escupió la punta colorada dejándola más húmeda y brillante. La volvió a meter en la cavidad caliente de su boca y la succionó como si le fuera la vida en ello.

Blake se retorció en su asiento, las manos de Melinda se movían por sus pelotas y por toda la extensión de su polla, haciendo que un volcán se formara en su interior. Estaba a punto de estallar; a punto de morir en la boca de aquella mujer que lo tenía completamente loco. Estaba perdido por ella y eso ya no era novedad alguna.

Eyaculó dentro de su boca, y encontró alivio a la tensión que, unos segundos antes había dominado todo su cuerpo.

Blake la observó limpiarse con la lengua las gotitas de semen que habían rodado por sus labios. No aguantó más y la levantó, acercándola a su rostro. La besó con fervor, hurgando en su boca, buscando su lengua. Melinda se acomodó encima de él y gimió complacida. Enredó sus dedos en la melena humedecida de él y lo atrajo más hacia ella.

Ninguno de los dos escuchó el sonido de un auto acercándose y solo se dieron cuenta de que ya no estaban solos cuando alguien dio unos golpes en el vidrio del parabrisas.

Ocho

Melinda se sentó en su sitio de un sopetón al mismo tiempo que bajaba la falda de su vestido. Blake, por su parte se acomodó los pantalones y se cercioró de que *todo* estuviera en su lugar.

Encendió las luces del coche y bajó el cristal para encontrarse de frente con un oficial de policía.

—Buenas noches —saludó el oficial con voz firme.

—Bue...buenas noches, oficial —respondió Blake aún tratando de recuperarse de lo sucedido.

—Identificación y licencia de conducir, por favor. El oficial se agachó y observó por un instante a la mujer que hacía un esfuerzo por ocultar el rubor de su cara mientras ordenaba su melena alborotada.

Blake buscó la identificación en la guantera del auto y se la entregó al oficial.

El hombre uniformado leyó con calma y luego miró a Blake.

—¿Es usted Blake Miller, el pediatra?

Blake asintió.

—Doctor Miller, soy el padre de Claire Porter, una de sus pacientes —dijo el oficial sonriéndole por primera vez.

Blake respiró más aliviado cuando vio la sonrisa en el rostro hasta ese momento severo del oficial Porter.

—Sé bien quien es la pequeña Claire, estuvo la semana pasada en mi consulta por unos dolores abdominales. ¿Cómo se encuentra ahora? —preguntó amablemente.

—Está muy bien, las gotas que usted le recetó fueron una bendición.

—Mejor así, oficial.

—Perdón la pregunta pero es mi trabajo, doctor. ¿Qué estaba haciendo estacionado en esta calle?

Blake miró de reojo a Melinda quien no había mencionado palabra desde la inoportuna aparición del oficial Porter.

—Mi secretaria y yo nos detuvimos porque ella se puso muy mal al contarme que había discutido con su novio —explicó rogando a Melinda con la mirada que le siguiera el juego—. Yo simplemente estaba consolándola, oficial... ya sabe como son esas cosas, sobre todo supongo que sabe como se ponen de sensibles y lloronas las mujeres cuando discuten con sus novios.

Melinda no sabía si darle a Blake un premio por su actuación o un pisotón por haber inventado aquella mentira dejándola a ella como una tonta mujer que moría de tristeza luego de una pelea con su supuesto novio.

El oficial miró a Melinda con cierto aire de conmiseración.

—Entiendo, doctor.

Melinda dio vuelta la cara para que ninguno de los dos notara la rabia que había en su mirada.

—¿Podemos irnos, oficial Porter?

El uniformado le entregó de regreso la documentación y le dio el visto bueno para que pudieran irse por fin.

—Déle un beso a la pequeña Claire de mi parte, oficial —dijo Blake antes de poner en marcha su auto.

—¡Jamás pasé una vergüenza semejante antes! —estalló Melinda de repente.

Blake no pudo menos que echarse a reír.

—¡No entiendo que es tan gracioso! —replicó ella cruzándose de brazos y fulminándolo con la mirada.

—Si no inventaba esa pequeña e inocente historia en este momento estaríamos siendo trasladados a la estación de policía por exhibición indecente en medio de la vía pública —dijo él sin dejar de reírse.

Melinda no dijo nada porque en el fondo sabía que él tenía toda la razón del mundo pero eso no hacía que se sintiera menos enfadada.

—Te ves preciosa cuando te enojas —dijo él suavizando la situación. Tenía una mano en el volante y la otra ya estaba subiendo por la pierna de Melinda por debajo de su falda.

Melinda se movió en su asiento cuando un calor intenso nació en la parte baja de su vientre.

—Blake... por favor, estás conduciendo —le recordó ella retorciéndose inquieta cuando la mano de Blake subió aún más.

—Tienes razón —dijo él luego de retirar la mano—. Tenemos una cena pendiente y tengo mucho hambre —esto último lo dijo clavando sus ojos en el escote de su vestido.

Melinda sonrió y el enojo que había tenido se evaporó en un solo segundo.

—No me has dicho aún adónde me estás llevando.

—Es sorpresa —respondió él con un dejo de misterio.

Melinda no siguió preguntando porque sabía que no lograría sacarle nada más. Se dedicó a contemplar el paisaje y notó que se estaban acercando al área costera.

Unos pocos minutos después, el auto se detuvo frente a una casa ubicada frente a una de las tantas playas que coronaban la costa de Vallejo Beach, un complejo turístico que Melinda solo conocía por referencia.

Blake bajó del auto y fue hasta la puerta del acompañante para ayudarla a bajarse. Melinda tuvo que aceptar la mano que él le ofrecía porque su vestido estrecho apenas la dejaba moverse con comodidad.

—¿Qué es este lugar? —preguntó curiosa—. No veo ningún restaurante en la zona.

Blake le sonrió.

—No mencioné nunca la palabra restaurante ¿o sí?

Melinda entonces comprendió que él la estaba llevando a su casa. No supo si salir corriendo o dejar que él la guiara hacia el porche de su guarida de hombre soltero. Después de lo que había sucedido entre ellos dentro del auto no hubiera sido sensato irse y dejarlo solo. Además, esa noche Melinda no quería ser sensata sino que lo único que quería era dejarse llevar por lo que sentía, sin pensar en nada más.

Dejó que él la llevara hasta el interior y quedó encantada con lo que vio. Las paredes de la enorme sala estaban pintadas de blanco y solo había unos cuantos muebles de mimbre desparramados por el lugar. Una mesa, un par de sillones y unos cuantos estantes repletos de libros y de adornos marinos.

—¿Te gusta? —le preguntó él pasándole un brazo por la cintura.

Melinda asintió sin pronunciar palabra.

—Ven, quiero que veas algo.

Blake le tomó la mano y la condujo hacia un gran ventanal que daba a la terraza. Allí había una mesa con la cena ya dispuesta; una botella de champagne descansaba en un cubo lleno de hielo y una rosa roja junto a uno de los platos contrastaba con el blanco reluciente del mantel.

La vista era sencillamente maravillosa. El mar estaba a unos cuantos metros de distancia y esa noche estrellada estaba particularmente sereno.

Blake la acompañó hasta su silla y ella se sentó. La mano de Blake la rozó levemente y ese toque la produjo un cosquilleo en el estómago. No tenía mucho apetito pero no iba a desairar a Blake después del empeño puesto en aquella cena.

Él se sentó frente a ella y le entregó la rosa roja.

—Es para ti.

Melinda la cogió y aspiró su perfume.

—Gracias.

Ella se quedó mirándolo, completamente embelezada mientras él destapaba la comida. Melinda descubrió que se trataba de espaguetis con salsa blanca y almendras fileteadas.

—Se ve delicioso —dijo ella alzando la mirada hacia él.

—Espero que lo esté, me esmeré mucho en preparar todo —respondió él.

—¿Tú mismo has cocinado? Melinda alzó las cejas sorprendida.

—¿Te sorprende?

—No imaginaba que fueras un experto gourmet —adujo ella observando como él le servía una copa de vino.

Blake sonrió. Jamás le confesaría que aquel era el único platillo que sabía preparar.

—No soy un experto, pero me las arreglo bastante bien.

Disfrutaron de la cena, aunque Melinda no comió demasiado pero se encargó de hacerle saber a Blake que no era porque no le gustase lo que él había preparado sino porque que no tenía mucho apetito. Estaba nerviosa, excitada como una colegiala y sobre todo expectante; ansiosa por saber lo que sucedería luego de que la cena llegara a su fin.

—¿Te gustaría dar un paseo por la playa? —preguntó Blake poniéndose de pie.

—Me encantaría.

Bajaron a la playa a través de una escalinata en la terraza.

—Espera —dijo ella.

—¿Qué sucede?

Melinda le sonrió mientras se quitaba las sandalias.

—Voy a estar más cómoda sin ellas —dijo arrojándolas hacia la casa.

Blake le cogió la mano y la apretó suavemente entre la suya a medida que avanzaban por la costa. La playa estaba desierta aquella noche y el sonido del mar lamiendo la orilla era el único ruido que se escuchaba.

Por unos cuantos metros ninguno de los dos pronunció palabra alguna, solo caminaban, tomados de la mano y echándose alguna que otra mirada de vez en cuando.

De repente, Blake se detuvo y apretó la mano de Melinda con más fuerza.

—Melinda... —susurró su nombre mirándola fijamente a los ojos y ella supo que no necesitaba decirle nada más. Se acercó a él y pegó su cuerpo al suyo.

—Hazme el amor, Blake —musitó a su oído.

Aquellas cuatro palabras fueron la chispa que encendió la llama y el fuego los devoró por completo.

En unos segundos, ambos estaban recostados sobre la arena blanca. Blake encima de ella besaba su cuello, al mismo tiempo sus manos buscaban bajar las tiras de su vestido.

Melinda había enredado sus piernas alrededor de las piernas de Blake y tironeaba de su camisa; con la ayuda del propio Blake logró quitársela por completo.

Él ahora la besaba en la boca; mordiéndole los labios y enredando su lengua a la de ella. Melinda gimió de placer cuando sintió que él ya estaba duro. La polla enorme pugnaba por salir de su encierro de tela y golpeaba contra su vientre.

Mientras seguían comiéndose la boca; Blake logró su objetivo y el vestido de Melinda llegó hasta su cintura. Él la levantó un poco del suelo y con un rápido movimiento le quitó el sujetador. Sus pechos hinchidos se soltaron, saltando hacia él y Blake decidió abandonar la tibieza de su boca para internarse en aquellas dos cimas de carne blanca coronadas con unos pezones enormes y duros.

Los chupó y los saboreó durante un buen rato, entreteniéndose con ellos más de la cuenta. Le excitaba oír los gemidos que Melinda emitía cada vez que él tironeaba una de las puntas sensibles haciendo que cobraran vida dentro de su boca.

Ella se arqueó más hacia él deseando sentir la dureza de su miembro con más fuerza. Sus manos temblorosas buscaron la cremallera de sus pantalones que tardó solo un soplo en ceder. Hurgó dentro y rápidamente encontró su tesoro.

Blake entendió la urgencia de Melinda porque era la suya propia y se dedicó entonces a quitarle las bragas. Se levantó, separándose de ella por un instante, el tiempo suficiente para terminar de desnudarla y terminar de desnudarse él.

Melinda lo observó cuando él se acercó nuevamente con la verga completamente erecta, preparada para entrar en ella.

¡Dios, como lo deseaba!

—Blake... —su voz era apenas audible pero él sabía muy bien lo que ella quería.

Él la tomó de las manos y la obligó a erguirse. Melinda lo miró, estaba tan excitada que temblaba de pies a cabeza.

Blake se arrodilló encima de la arena y la sentó a ella encima de sus piernas. Melinda las enredó entonces alrededor de su cintura; cuando lo hizo la polla de Blake entró en pleno contacto con su coño y provocó que su abdomen se tensara.

Él la asió de las caderas, asegurándose de que ella estaba cómoda encima de él. Acercó su boca al cuello de Melinda y comenzó a sembrar nuevamente besos por su piel húmeda que ahora brillaba por causa del sudor. Ella por su parte lo abrazó y acarició su espalda poderosa trazando una y otra vez la línea de su columna vertebral. Blake se estremeció ante aquel contacto y respondió apretando el culo de Melinda entre sus dedos.

La polla de Blake seguía descansando contra el coño húmedo y más que preparado de Melinda pero no había mostrado señas de querer hundirse en ella aún. Sabía que era una tortura pero quería prolongar aquel momento de magia lo más que se pudiera antes de que ambos estallaran de pasión.

Las manos de Melinda abandonaron la espalda de Blake y se instalaron en su pecho en donde sus dedos comenzaron a jugar con los pezones endurecidos de él. Lo escuchó gemir bajo la influencia sublime de su toque y eso terminó por derretirla. Quería sentirlo dentro de ella y ya no podía esperar.

—Blake... por favor —le rogó al oído antes de morderle el lóbulo con suavidad.

Blake no podía soportar más tampoco y cuando ella se acomodó mejor, arqueando su cuerpo contra el suyo y abriendo más sus piernas, él la penetró con todas las fuerzas de su ser, hundiéndose en ella hasta la raíz.

Melinda dejó escapar un grito que retumbó en el silencio de la noche. A ninguno le importó si alguien podía escucharlos; en ese instante eran ellos dos convirtiéndose finalmente en uno y eso era lo único que inundaba sus mentes en ese momento.

Se aferró a Blake con fuerza, podía sentir la punta de su polla tocar su útero y se movió para que él la llenara por completo. Las embestidas se hicieron más violentas y Melinda no podía parar de gritar. Cada estocada la llevaba al paraíso y el ritmo vertiginoso que la unión de sus cuerpos había tomado amenazaba con lanzarlos a un abismo infinito.

Él buscó su boca una vez más y ella le entregó su alma y su vida en ese beso. Luego tiró la cabeza hacia atrás.

—¡Blake...oh, Blake! —gritó cuando percibió que el momento culminante estaba por llegar.

Él la abrazó y hundió el rostro en su cabello dorado; olía a sudor y a esencia de caramelo.

—Ya está, *dulzura*, ya está —susurró él convulsionando su cuerpo contra el de ella.

Ambos explotaron casi al unísono, ella unos segundos antes que él.

El cuerpo de Melinda se llenó de la semilla de Blake y ella pudo sentir que en esa descarga sublime él le estaba entregando su vida.

Lentamente el ritmo ligero de sus cuerpos se convirtió en un pausado balanceo y la paz que arriba después de la tormenta los envolvió por completo.

Melinda hundió su rostro en el hueco del hombro de Blake y sonrió complacida. Él le acarició la espalda dibujando pequeños círculos en su cintura. Querían permanecer así para siempre y ambos lo sabían.

La marea llegó hasta ellos y los mojó, pero no les importó. Se quedaron allí con sus cuerpos aún unidos hasta que la calma regresó a sus corazones.

Nueve

El cuerpo de Melinda yacía debajo de las sábanas en la cama de Blake. Su cabeza estaba apoyada encima de la almohada hacia un lado y respiraba acompasadamente luego del torbellino de sensaciones que ella y Blake habían compartido en la playa al hacer el amor por primera vez. Descansaba plácidamente y en su rostro se reflejaba aún la pasión de haber estado entre los brazos del hombre del cual estaba ahora segura se había enamorado perdidamente.

Comenzó a moverse debajo de las sábanas; sacó un brazo y lo apoyó sobre de la mata de cabello dorado que caía en la almohada. Tenía aún los ojos cerrados y comenzó a sonreír cuando sintió que estaba siendo tocada. Uno de sus pies se asomaba por debajo de las sábanas y alguien estaba jugueteando con sus dedos.

Melinda se mordió el labio inferior cuando sintió que la caricia se extendía ahora por su pie. El contacto era extraño y de inmediato experimentó un poco de frío.

Abrió los ojos y levantó la cabeza. Su mirada se dirigió entonces hacia donde estaba siendo acariciada y descubrió horrorizada que Blake ni siquiera estaba allí.

Se giró rápidamente y de un salto se sentó en la cama pegando su espalda contra la pared.

Lo que fuera que la estaba tocando seguía oculto debajo de las sábanas; pero al menos ya no podía alcanzarla. Tenía que descubrir quien había estado prodigándole aquellas caricias mañaneras y sin embargo estaba paralizada por el miedo.

El bulto se movió debajo de las sábanas, en dirección hacia ella. Melinda contuvo el aliento por un instante. Debía tomar coraje y ver de quien se trataba, por lo tanto se movió un poco hacia delante y con la punta de sus dedos índice y pulgar levantó uno de los extremos de la sábana. La tela de satén se movía guiada por la mano de Melinda y lo que sea que estuviera debajo avanzaba hacia ella. Finalmente y con un rápido movimiento Melinda levantó la sábana y puso en evidencia a su misterioso acompañante.

El grito de Melinda sin dudas debió despertar a todos lo que vivían dos millas a la redonda de la casa de Blake. Se levantó corriendo de la cama y se refugió junto a la ventana. Cuando Blake entró a la habitación, asustado por los gritos que Melinda acababa de dar la encontró escondida detrás de las cortinas y mirando hacia la cama con los ojos completamente desorbitados.

—¡Cielos, Melinda! ¡Qué susto me has dado! —exclamó Blake yendo hacia ella.

—¿Qué... qué diablos es... *ESO*? —tartamudeó Melinda señalando hacia la cama.

Blake siguió el dedo de Melinda y descubrió la causa de su espanto.

—¡*Elvis*! ¿Qué estás haciendo allí?

Melinda observó consternada como Blake iba hacia la cama y tomaba al enorme y horrible reptil entre las manos.

—¡*Elvis*?! Melinda no se había movido ni siquiera un centímetro de su sitio.

—Así es —Blake se dio vuelta y avanzó hacia ella—, *Elvis* es mi mascota; es un camaleón Pantera y es mi mejor amigo.

Melinda estiró un brazo impidiendo que él se acercara con esa cosa de colores verdes chillones que no dejaba de sacar la lengua y que la miraba con sus enormes ojos saltones.

—¡Ni se te ocurra acercarte con *eso*! —le advirtió con firmeza.

Blake hizo un esfuerzo por no echarse a reír y acarició la cabeza de su camaleón.

—No ofendas a *Elvis* —le dio un beso en la punta de su hocico—. Es muy sensible, sobre todo por las mañanas —alegó tratando de aparentar seriedad.

—¡Blake, no te acerques! —le pidió nuevamente al ver que él se seguía moviendo hacia ella.

—¡Está bien, está bien! Lo regresaré a su cubil y lo alimentaré, seguro tiene hambre por eso vino hasta la habitación —le dirigió una mirada traviesa a Melinda—. Anoche estaba demasiado ocupado como para acordarme de darle su comida.

—¡Solo sácalo de aquí! —Melinda se cubrió más con la cortina hasta asegurarse que Blake salió de la habitación cargando a su inusual mascota.

¿Por qué no se compró un perro, un gato o unos cuantos peces de colores? Pensó Melinda una vez que Blake bajó a ocuparse de su verde y frío amiguito. Ella no se llevaba bien con esa especie animal ya que siempre le habían provocado una enorme repulsión. ¡Un camaleón! ¿A quién se le ocurría tener a un *bicho* como ese como mascota? Un escalofrío bajó por su espalda al recordar la piel áspera del reptil friccionándose con la de ella. Salió de su refugio improvisado y corrió hacia la cama. Con la impresión se había olvidado que estaba completamente desnuda. Se dejó caer de espaldas y apoyó la cabeza en la almohada. Se puso de lado y se dispuso a esperar a Blake. Su estómago comenzó a gruñir y deseó que él subiera con un delicioso desayuno para compartir con ella. Si había sido capaz de preparar los espaguetis con salsa blanca y almendras de la noche anterior seguramente podía lucirse con un rico y succulento desayuno. Melinda se imaginó unos muffins de canela tibios, una humeante taza de café y un zumo de pomelo recién exprimido con dos cucharaditas de miel. Eso y la compañía de Blake... ¿qué más podía pedir aquella mañana?

Él aún no regresaba y se preguntaba que tanto hacía con su *Elvis* en la planta baja. Le había dicho que iba a alimentarlo. Melinda sintió curiosidad por saber en que consistía el alimento de la peculiar mascota de Blake; se lo preguntaría cuando él subiera.

Se dio media vuelta y cuando metió una mano debajo de la almohada descubrió que Blake guardaba allí una prenda. La sacó y la reconoció de inmediato; se trataba de una de sus bragas de encaje; una de las tantas que tenía en la gaveta de su cómoda. ¿Cómo había llegado hasta allí? Entonces recordó la tarde en la que Blake había estado en la casa de su hermana y había subido a cambiarse de ropa luego del chapuzón que ambos se habían dado. Seguramente fue en esa ocasión que él se hizo con una de sus bragas. No sabía si reírse o enfadarse por lo que había hecho pero sin dudas aquella prenda lo había acompañado durante las noches. Un ardor bajó por su vientre al imaginarse las cosas que Blake pudo haber hecho con aquellas bragas en la soledad de su cuarto, acostado en aquella cama en donde ahora estaba acostada ella y en donde la noche anterior y luego de regresar de la playa se habían amado con locura desenfrenada.

Cogió la prenda y se la puso; le daría una sorpresa a Blake cuando el regresara.



Blake abrió la puerta de su habitación y Melinda ya no estaba oculta detrás de las cortinas, tampoco estaba en la cama.

—¿Mel, dónde estás?

Melinda lo escuchó llamarla desde el cuarto de baño; era la segunda vez que la llamaba de esa manera y ella creyó o al menos quiso creer que ese simple detalle significaba que tenían ahora un lazo más íntimo y que no se trataba solo porque ya habían hecho el amor.

—Estoy aquí; enseguida salgo —respondió sin abrir la puerta que comunicaba el cuarto de baño con la habitación—. ¿Por qué no te acuestas y me esperas?

Blake se excitó de solo escucharla. Sin perder un segundo se quitó el pantalón de su pijamas para esperarla completamente desnudo y se arrojó a la cama.

—¿Vas a tardar mucho más? —preguntó él clavando sus ojos verdes en la puerta cerrada.

En ese preciso momento se escuchó el *clic* del picaporte cediendo y Melinda apareció ante sus ojos.

Ella solo vestía las bragas que él se había robado de su cuarto unos días antes; la imagen de Melinda con el cabello cayendo a ambos lado de su rostro cubriéndole los senos era simplemente divina.

Blake le sonrió mientras se llevaba una mano al pecho y levantaba la otra.

—Me has pescado; confieso que me robé tus bragas y... —hizo una pausa que a Melinda le pareció eterna—, no me arrepiento de haberlo hecho. Si quieres castigarme, de la manera que sea, estás en todo tu derecho.

Melinda se acercó balanceándose seductoramente, plenamente consciente de que él ya estaba bajo su poder. Se detuvo a un lado de la cama y lo observó. Sus ojos se detuvieron en su miembro que ya estaba completamente erecto, luego lo miró directamente a los ojos y le dijo:

—¿Estás dispuesto a pagar tu delito de cualquier manera? —se arrodilló encima de la cama y se echó el cabello hacia atrás dejando a la vista la magnificencia de sus pechos turgentes.

Blake respiró hondo antes de responder.

—Soy todo tuyo, *dulzura*.

Melinda no necesitó nada más para subirse a horcajadas de él. Dejó su cuerpo separado del cuerpo de Blake para dilatar el momento; ahora era su turno de marcar el ritmo.

—Mel... —suplicó Blake al ver que ella estaba encima de él pero que apenas lo tocaba.

Ella le puso dos dedos en la boca.

—Shhh... no digas nada. Estás castigado, doctor Miller... ¿acaso lo has olvidado?

Blake comenzó a respirar más ligero, sus manos descansaban ahora a ambos lados de su cuerpo y cuando atinó a tocarla ella le hizo señas de que no lo hiciera.

¡Cielos! ¡Va a matarme si no hace algo ya! Pensó Blake al ver que ella comenzaba a moverse hacia arriba y hacia abajo pero sin siquiera tocar su verga que a esas alturas estaba tan dura y caliente como una vara de metal que había sido expuesta a un fuego intenso.

—Mel... por favor —intentó suplicar una vez más pero ella lo miraba desafiante, complacida de ser quien tenía el control absoluto de toda la situación.

Pero de golpe y porrazo, aquel juego ardiente y provocador fue interrumpido por una aparición inesperada.

—¡Blake! ¿Estás en casa?

La voz de Stephanie llegó fuerte y clara hasta la habitación de Blake y Melinda se quedó petrificada al escuchar la voz de su amiga.

—¡Hermano, sé que estás porque tu motocicleta y tu auto están estacionados a un lado de la casa!

La voz de Stephanie estaba cada vez más cercana y eso hizo que Melinda se bajara de un salto de la cama y corriera en busca de su ropa que a esas alturas ya ni recordaba en donde se encontraba.

—Allí, a un lado del sillón de mimbre —le indicó Blake adivinando lo que ella buscaba con tanto afán.

Melinda se dirigió hacia allí y comenzó a vestirse a toda prisa.

—¡Por favor, Blake, no permitas que Steph me vea así! —le pidió antes de que él se dispusiera a salir de la habitación.

—Tranquila, saldré a hablar con ella, tú quédate aquí.

Melinda asintió con la cabeza y una vez que se quedó sola, se sentó en la cama a esperar.

Blake mientras tanto salió en busca de su hermana. La encontró en la terraza.

—¡Por fin! ¿Qué estabas haciendo que no salías? Se acercó y le dio un beso en la mejilla. — ¿No te has levantado aún? —preguntó observando que él llevaba el pantalón de su pijamas solamente.

—Pues... no —respondió él acomodándose el cabello—. ¿Qué raro tú tan temprano por aquí?

—¿Acaso no puedo hacerle una visita matutina a mi hermano favorito?

—¡Claro que sí, es solo que no te esperaba!

Stephanie no era tonta y de inmediato percibió el estado en el que se encontraba su hermano, demasiados nervios para una tranquila mañana de martes.

—Vine a preguntarte por Melinda.

—¿Por Melinda? ¿Qué sucede con ella? —preguntó echando una rápida mirada hacia la puerta cerrada de su habitación.

—No sucede nada con ella, solo quería saber como le había ido en su primer día de trabajo y que te había parecido —dijo sentándose en uno de los sillones de mimbre de la sala.

—Lo ha hecho muy bien, estaba un poco nerviosa por ser su primer día pero creo que es normal.

—¿No te arrepientes entonces de haberme hecho caso? —inquirió con una sonrisita triunfadora instalada en su rostro.

—Si lo que quieres oír es que tenías razón, pues si, la tenías. Melinda sin dudas es una excelente secretaria y no puedo quejarme.

—¡Eso exactamente quería oír, hermanito! —Exclamó poniéndose de pie—. Ahora me marcho porque creo que llegué en un momento algo inoportuno —añadió mirando hacia la habitación de Blake.

Él no hizo ningún comentario al respecto, prefería que su hermana sacara sus propias conclusiones.

—¿Te gustaría almorzar conmigo, Steph?

—Otro día, Blake, tengo planeado un almuerzo ya para hoy.

—Está bien, como quieras —le dio un beso en la frente a su hermana—. Nos vemos, Steph.

—Sí, adiós. Stephanie se marchó de la casa de Blake completamente convencida que había una mujer escondida en su cuarto.

Ahora solo le faltaba averiguar quien era la nueva víctima que había caído bajo la seducción de su hermano.



Melinda estaba acomodando unas fichas de los pacientes que Blake había atendido esa mañana cuando su teléfono comenzó a vibrar dentro de su bolso.

—Diga.

—¿Melinda? Soy Steph.

El caramelo de menta que Melinda tenía en su boca casi se le atragantó al oír la voz de su amiga. Aún no se había recuperado de lo sucedido esa misma mañana y por un segundo no supo ni siquiera que decir.

—¿Melinda, estás ahí?

—Sí, Steph... perdona es que estaba distraída —respondió una vez que pudo reaccionar.

—Te llamaba porque quería invitarte a almorzar.

—¿A almorzar?

—Sí, supongo que el ogro de mi hermano te permite salir a almorzar ¿no?

Melinda sonrió un poco nerviosa.

—Por supuesto, Steph. ¡Qué cosas se te ocurren!

—¿Aceptas o no entonces?

—Está bien —observó su reloj—. Nos vemos en el restaurante que está aquí a la vuelta en unos veinte minutos. ¿Te parece bien?

—Perfecto, nos vemos allí entonces.

Colgó con su amiga y Blake salió de su despacho.

—¿Escuché mal o vas a almorzar con alguien? —preguntó interesado.

Melinda notó un atisbo de celos oculto en sus palabras.

—Has escuchado muy bien —respondió ella sin decirle con quien sería su almuerzo.

Blake se cruzó de brazos y se quedó esperando que ella siguiera hablando.

—¿No vas a decirme con quién? —replicó molesto.

Melinda contuvo la risa mientras terminaba de ordenar las fichas. Cogió su bolso y se dispuso a salir.

—¡Espera! —Blake la sujetó del brazo.

—¿Qué quieres? ¿Acaso hay algún pendiente que no puede esperar hasta la tarde? —estaba siendo cruel y lo sabía pero era enternecedor verlo celarla de aquella manera tan infantil.

—¡Por Dios, Mel! ¡Solo te hice una pregunta!

—¡Voy a almorzar con tu hermana! —Soltó por fin—. ¿Más tranquilo ahora, doctor Miller?

Blake dejó escapar un sonoro suspiro de alivio y le sonrió.

—Dile a esa entrometida que le mando un beso.

—Se lo diré —dijo Melinda sonriéndole.

Blake se acercó y la besó tomándola por sorpresa.

—Que te diviertas con Steph —le dijo una vez que la soltó.

Melinda, una vez que logró recuperarse del torbellino que su beso le había causado le sonrió y le respondió que lo haría.

Diez

—¿Cómo te trata mi hermano? Espero que no sea jefe autoritario —comentó Stephanie mientras se llevaba un bocado de verdura gratinada a la boca.

Melinda tragó saliva antes de disponerse a responder.

—Me trata muy bien, no tengo nada de que quejarme.

—Mejor así. Es que a veces mi querido hermanito puede ser más molesto que una piedra en el zapato, aunque creo que debe andar más que contento ahora —dijo con cierto dejo de misterio.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Melinda.

—Porque está saliendo con alguien, lo sé.

Melinda casi se atragantó con un pedazo de zanahoria cuando escuchó lo que Steph decía.

—Su...supongo que eso es algo bueno... ¿no?

—Yo no estaría tan segura, Mel.

—¿A qué te referes? —de repente el tono usado por su amiga la preocupó.

—Esta mañana fui a su casa en la playa y aunque no me lo dijo estaba escondiendo una mujer en su cuarto.

Melinda deseó que la tierra se abriera en ese momento y de la tragara.

—¿Estás segura? —preguntó. *¡Qué descarada soy!* Pensó Melinda mientras bebía un sorbo de refresco de naranjas.

—Sí, encontré un par de sandalias en la terraza y además estaba bastante nervioso, ansioso porque yo me marchara. ¿Entiendes lo que quiero decir, no?

Melinda asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Mira, no sé quien será la mujer que Blake tenía metida en la cama esta mañana pero en verdad la compadezco... ya he perdido la cuenta del número de *víctimas* que han caído en sus redes para luego salir con el corazón hecho pedazos.

En ese momento, Melinda sintió que el suelo se había abierto bajo sus pies y se la estaba devorando lentamente. Las palabras de Stephanie retumbaban en sus oídos y a pesar de que la había escuchado muy bien, deseó con toda su alma haber entendido mal.

—¿Por qué... por qué dices eso?

—Porque es la verdad, Mel. Blake es mi hermano y Dios sabe cuanto lo quiero pero es un mujeriego empedernido que ya no cree ni en el matrimonio ni en formar una familia.

Melinda la miró desconcertada.

—¿Ya no cree? ¿Creía en el matrimonio antes?

—¡Pues mira que si creía que se caso cuando apenas tenía veinte años!

¿Blake había estado casado? Jamás se lo hubiera imaginado. ¿Por qué motivo él no se lo había contado?

—¿Y qué sucedió con su matrimonio?

—No duró ni siquiera seis meses porque Blake descubrió a su flamante esposa en la cama con un tipo una noche que regresaba de la escuela de Medicina.

Los ojos grises de Melinda se abrieron como platos.

—Desde ese entonces, mi querido hermanito se ha dedicado a jugar con todas las mujeres que se le han puesto en el camino. No quiere ni oír la palabra matrimonio; no piensa volver a caer en lo mismo una vez más, se ha cansado de repetírmelo a pesar de las veces que le he dicho que esa terrible experiencia no puede condicionar su vida amorosa de esa manera. Yo lo quiero y me preocupo por él y lo único que deseo es que encuentre una buena mujer que lo haga feliz y que le quite esos temores absurdos de la cabeza, además es un sol con los niños y sería un excelente padre algún día. ...¿se nota que tengo deseos de ser tía pronto no?

Melinda ni siquiera supo que responderle a su amiga. Se había enterado de una verdad que, estaba segura, cambiaría su relación con Blake de ahora en más.

Stephanie lo había dejado bien en claro; Blake no creía en el matrimonio ni en los compromisos.

¿Qué haría ella ahora con lo que sentía por él? Se había enamorado como una tonta y en sus sueños, Blake Miller era el hombre con el quien quería llegar al altar para unir su vida a la de él para siempre.

—¿Mel, estás bien? —Preguntó Stephanie—. Te has puesto pálida de repente.

Melinda intentó sonreír para que su amiga no sospechara siquiera del dolor que aquella conversación le había provocado.

—Sí, estoy un poco cansada, eso es todo.

—Será mejor que nos vayamos, no quiero que llegues tarde y que mi hermano te regañe por culpa mía.

Melinda estuvo de acuerdo, lo único que quería era marcharse de allí, aunque regresar al consultorio significara ver a Blake y no estaba segura como reaccionaría frente a él después de lo que se había enterado sobre su pasado y sobre su rechazo al matrimonio.

Stephanie la dejó en el edificio y antes de entrar en él, Melinda se quedó un momento en la acera haciendo un esfuerzo enorme por calmarse. No podía enfrentarse a Blake mientras la angustia que le quemaba las entrañas no se disipara. Tenía ganas de correr hasta él y preguntarle si ella era tan solo una más en su lista de conquistas pero tenía tanto temor a su respuesta que prefirió no hacerlo.

Cuando entró a la oficina ya había llegado el paciente que tenía la primera cita y Melinda saludó a la mujer y a su niño con una amable sonrisa. Trataría de concentrarse en su trabajo aunque sabía que las palabras de Stephanie se le quedarían grabadas en la mente por mucho tiempo.

Blake le sonreía cada vez que la veía al llegar o al marcharse un paciente; ella le devolvía la sonrisa a pesar de que se estaba muriendo de tristeza por dentro.

El último de los pacientes se marchó y él la buscó.

Melinda dejó que él le acariciara la mano y estuvo a punto de echarse a llorar. No supo de donde sacó las fuerzas para no hacerlo pero levantó la mirada y le dijo:

—Tengo que marcharme, debo llevar a Annie a su clase de danza —le anunció con cierta frialdad. Le estaba mintiendo, su sobrina no tenía ninguna clase ese día pero necesitaba inventar una excusa para escapar de él.

—¿Te pasa algo? —preguntó él enredando sus dedos a los de ella.

Melinda retiró la mano y cogió su bolso.

—No me pasa nada, pero si no me doy prisa no voy a llegar a tiempo. Hasta mañana.

Blake quiso detenerla pero ella salió casi corriendo hacia el pasillo y se metió en el ascensor.

Algo andaba mal, había percibido cierta hostilidad de parte de Melinda y una sombra de tristeza en sus ojos grises.

Se dirigió hacia su despacho mientras se quitaba el delantal.

Tenía que hablar con ella y descubrir lo que estaba sucediendo.



Melinda se encerró en su cuarto apenas llegó a la casa de su hermana sin siquiera saludar a nadie. No tenía ganas de hablar con nadie, mucho menos ver a su cuñado.

Se arrojó boca arriba en la cama y clavó su mirada en el cielorraso. Le dolía la garganta por haber contenido el llanto desde que había salido del consultorio. Había conducido hasta su casa sin derramar ni una sola lágrima y ahora en la soledad de su cuarto, en donde nadie la veía pudo dejar salir todo el dolor que llevaba dentro y lloró como una Magdalena.

¿Por qué se había enamorado de un hombre como Blake? ¿Acaso no había sufrido lo suficiente con Matt, su ex novio? Lo había dejado porque él no quería casarse y como una tonta había vuelto a caer en la misma trampa al enamorarse de un hombre que tampoco creía en los compromisos.

¿Qué sucede conmigo? Parece como si tuviera colgado en la frente un cartel que dice "Hombres que no creen en el matrimonio... ¡estoy disponible!"

Este y otros pensamientos del mismo calibre atormentaban la mente de Melinda.

Había tropezado dos veces con la misma piedra y las dos veces se había golpeado muy duro.

Se enjugó las lágrimas y cerró los ojos con toda la intención de dormirse pero no lo logró.

No podía dejar de pensar en Blake y en la noche que habían compartido. Una noche en donde ella no solo le había entregado su cuerpo sino también su alma y su corazón.

Se había expuesto demasiado y ahora pagaría las consecuencias.

Dio un golpe a la almohada y se maldijo a sí misma por haber sido tan estúpida.

¡No aprendes más, Melinda!

Once

Unos golpes en la puerta de su cuarto despertaron a Melinda quien había logrado por fin conciliar el sueño.

—Mel, Blake está abajo. Quiere hablar contigo —dijo Sarah entrando en la habitación.

—Dile que no puedo recibirlo.

Sarah observó a su hermana menor y de inmediato percibió que ella había estado llorando.

—¿Qué sucede? ¿Por qué has llorado?

—Yo no estuve llorando —replicó Melinda alzándose de la cama y yendo hacia la ventana que daba a la calle. Vio estacionada la Harley de Blake y su corazón comenzó a latir con más fuerza.

—A mí no me engañas, te conozco como si yo misma te hubiera parido, Mel —le dijo yendo hacia ella—. ¿Tiene algo que ver la visita de tu jefe con esas lágrimas?

Melinda no respondió pero cuando su hermana le puso una mano en el hombro ella la apretó con fuerza.

—Por favor, Sarah, dile que no me siento bien. No quiero verlo, haz que se vaya... por favor.

Sarah ignoraba lo que había sucedido entre su hermana y Blake pero lo que haya sido la había dejado devastada.

—Está bien, se lo diré pero creo que deberías hablar con él, sobre todo si es por su culpa que estás así de angustiada.

—Hablaré con él mañana... ahora no puedo.

—Como quieras —se dirigió hacia la puerta—. ¿Estás segura que no quieres verlo?

Melinda se dio media vuelta y asintió.

Sarah cerró la puerta y bajó a cumplir la desagradable tarea de decirle a Blake Miller que Melinda no podía recibirlo.

Melinda continuaba aún junto a la ventana cuando Blake salió de la casa. Lo observó subirse a su motocicleta y tuvo que ocultarse detrás de las cortinas cuando él miró hacia la ventana.

Unos segundos después, volvió a asomarse cuando se aseguró que él ya se había marchado.

Esa noche no bajó a cenar y a Sarah no le extrañó. Rick, en cambio creía que Melinda seguía haciendo todo lo posible por evitarlo y eso lo contrariaba.

Después de lo que había sucedido entre ambos no habían hablado y quería pedirle disculpas. Sabía que se había comportado como un patán con ella y que no podía

esperar nada de su parte pero aún así debía pedirle perdón y asegurarle que nunca más se volvería a repetir un hecho semejante.

Finalmente había comprendido lo equivocado que había estado en desear a la hermana de su esposa y esperaba que no fuera demasiado tarde para enmendar su error.

Él amaba a Sarah pero la crisis por la que estaba atravesando su relación de pareja había sido la culpable del comportamiento inadecuado hacia su hermana.

Buscaría a Melinda en su trabajo al día siguiente y hablaría con ella para pedirle perdón.



Melinda comprobó la mañana siguiente que le sería muy difícil ocultar las oscuras ojeras que daban a su rostro un aspecto totalmente patético debido al insomnio y a las lágrimas derramadas durante casi toda la noche.

Llegó al consultorio casi sobre la hora, solo el tiempo necesario para ordenar las citas del día y dedicarle un *buen día* solemne a Blake.

Sabía que no iba a soportar mucho tiempo así y que él la confrontaría tarde o temprano por eso había tomado una decisión.

Comenzaron a llegar los pacientes y Melinda agradeció que ninguno de ellos faltó a su consulta porque eso habría significado tiempo libre y eso era lo que ella necesitaba al menos hasta estar lo suficientemente serena para responder las preguntas que Blake seguramente tendría para hacerle.

A la hora del almuerzo la puerta que daba a la calle se abrió y Melinda se quedó de una pieza al ver llegar a su cuñado. Se puso de pie de inmediato y Rick avanzó hacia su escritorio.

—Mel, por favor, necesito que hablemos —le dijo él para evitar que ella huyera de él.

—Rick, creo que no tenemos nada de que hablar, no después de lo que sucedió.

—¡Por favor, Mel, escúchame! —la asió del brazo y ella se paralizó.

En ese momento la puerta del despacho de Blake se abrió y él caminó hacia ellos raudamente.

—¿Qué sucede aquí?

Rick soltó a Melinda.

—No sucede nada, Blake —dijo ella intentando esconder su miedo—. Mi cuñado ha venido a hablar conmigo pero le he dicho que no puedo atenderlo ahora, tengo una cita y no puedo llegar tarde.

Blake los miró a ambos y no se creyó para nada la explicación que Melinda acababa de darle. Había interrumpido alguna cosa importante y podía percibirlo.

—Mel, puedo llevarte a tu cita si quieres —se ofreció Rick haciendo un último esfuerzo por lograr hablar con ella para aclarar las cosas.

—No es necesario Rick, mejor regresa con Sarah que seguramente te necesita más que yo —enfaticó.

—Ya la has oído, Rick, puedes retirarte —intervino Blake muy molesto.

Rick no pudo hacer otra cosa y tuvo que marcharse.

Cuando se quedaron a solas, Melinda pretendió huir pero él la detuvo.

—¿Me vas a explicar que demonios sucede contigo?

—No sucede nada conmigo, Blake —le respondió ella de mala manera sin mirarlo a los ojos.

—No me mientas y además... ¿Qué quería tu cuñado contigo?

Melinda alzó la vista y clavó sus ojos grises en los de él. Había rabia e impotencia en su mirada.

—¡No quería nada, demonios! ¿Puedo marcharme ahora?

Blake no podía creer que ella le estuviera hablando de aquella manera y actuara como si él le hubiese hecho alguna cosa.

Se quedaron por unos segundos así, mirándose a los ojos y en silencio. Finalmente Blake la soltó, consciente de que no iba a lograr nada de ella esa mañana.

—Puede irte si tienes tanta prisa —le dijo señalándole la salida—, pero debemos hablar y lo sabes, tarde o temprano vas a decirme que es lo que te sucede conmigo.

—Quizá ya no haya nada de que hablar —respondió ella dolida.

Blake soltó un par de maldiciones y arremetió nuevamente contra ella.

—¿Qué significa eso? —la asió de un brazo y la atrajo hacia él.

—¡Suéltame, Blake!

—¡No hasta que me digas que te he hecho para que me trates así!

Melinda clavó la mirada en la mano de Blake que seguía sosteniéndola por un brazo.

—¿No vas a responderme?

Melinda entonces lo miró a los ojos nuevamente.

—Quizá tu sepas la respuesta a esa pregunta mejor que yo —le dijo ahogando las lágrimas que amenazaban por salir.

—¡Por Dios, Melinda, no juegues con mi paciencia y dime que es lo que sucede porque si mal no recuerdo tú y yo estábamos bien hasta ayer por la mañana cuando te fuiste de mi casa!

Melinda logró zafarse y se apartó de él.

—¿De verdad quieres saber lo que sucede? —le espetó ya sin poder contener el llanto.

Blake se quedó en silencio, incapaz de comprender que le ocurría a Melinda y el motivo de sus lágrimas.

—¡Sucede, Blake Miller que no estoy dispuesta a ser una más en tu lista de conquistas! De un manotazo se secó los ojos. — ¡Debo reconocer que fui una estúpida porque creí que había algo importante entre nosotros! ¡Pero bueno ni siquiera es tu culpa, después de todo la única culpable de mi desdicha es mi estúpida manía de enamorarme de quien no debo! Corrió hacia la puerta y atravesó el pasillo hasta el ascensor.

Blake salió tras ella y la alcanzó.

—¡Melinda, espera!

Pero la puerta del ascensor se cerró y se quedó allí, desesperado y con un mar de dudas en su cabeza.

Las palabras de Melinda no lo habían aclarado demasiado pero ella, sin embargo en medio de su estado de conmoción le había dicho que estaba enamorada de él y eso fue suficiente para calmar, un poco al menos, su corazón.



Stephanie se sorprendió cuando esa tarde Blake la buscó en su departamento.

—¡Hermanito, qué sorpresa! —exclamó Stephanie abriendo la puerta.

Blake entró como una tromba, se plantó en medio de la sala y miró a su hermana con un gesto de interrogación en la mirada.

—¿Qué demonios le has dicho a Melinda sobre mi este mediodía?

Stephanie cerró la puerta y fue hasta el sofá, se sentó y observó con detenimiento a su hermano mayor.

—¿Por qué la pregunta y... cómo sabes que hablamos de ti durante el almuerzo? —preguntó alzando las cejas.

—¡Porque hasta esta mañana las cosas entre ella y yo iban estupendamente bien!

—¿Qué cosas iban estupendamente bien entre ustedes? Stephanie estaba comenzando a comprender que estaba sucediendo.

—¡Pues como buena observadora deberías haberte dado cuenta que entre tu amiga y yo pasa algo!

Stephanie abrió los ojos como platos.

—¿Tú y Mel?

Blake asintió.

—¿Era ella la mujer con la que estabas ayer por la mañana cuando fui a tu casa?

—Sí, era Melinda; estábamos más que bien pero luego tú la invitas a almorzar y desde ese momento ella ha cambiado conmigo y...

—Blake, creo que metí la pata y la metí hasta el fondo —confesó ella poniendo cara de preocupación.

Él se sentó a su lado y la miró a los ojos.

—¡Dime ya en que lío me has metido, Stephanie Miller!

Stephanie le contó la charla que ella y Melinda habían tenido durante el almuerzo y a Blake no le quedó ninguna duda sobre que había motivado el enojo de Melinda.

—¿Cómo pudiste contarle eso? —le recriminó él agarrándose la cabeza.

—Yo no sabía que la mujer que se ocultaba en tu cama era ella y por eso le conté sobre tu matrimonio fallido y tu rechazo a la idea de volver a casarte... jamás me hubiera podido imaginar que ella estaba enamorada de ti.

Blake se puso de pie.

—Espero que todo este embrollo tenga solución, Steph. No quiero perder a Melinda por nada del mundo... —confesó reconociendo sus sentimientos hacia ella por primera vez.

Stephanie le tendió la mano y él se la dio.

—No la perderás, te lo prometo, por mi cuenta corre que eso no suceda —le aseguró con una sonrisa cargada de optimismo.



Melinda había tomado ya una decisión, se marcharía de la casa de su hermana, dejaría su trabajo y regresaría a San Francisco. Después de la escena deplorable que acababa de tener con Blake ya no podría volver a trabajar con él. Lo llamaría por teléfono y le diría que se buscara a una nueva secretaria. Ni siquiera se lo anunciaría en persona porque volver a verlo solo terminaría por destrozar su corazón bastante maltrecho ya.

La puerta de su habitación se abrió y Rick entró.

—Melinda, hablemos por favor —le pidió él cerrando la puerta.

—Rick, sal de mi cuarto, no tenemos nada de que hablar —le dijo ella sacando unas prendas del closet.

Rick observó las maletas abiertas encima de la cama.

—¿Te marchas?

—Es lo mejor para todos —dijo ella mientras acomodaba algo de ropa dentro de una de las maletas.

—Melinda, antes de que te vayas quiero que sepas que estoy muy arrepentido de lo sucedido. Me he comportado como un tremendo idiota y entiendo por lo que has tenido que pasar. No quiero justificarme pero mi relación con tu hermana en los últimos meses ha sido bastante complicada, luego llegaste tú y me volviste loco...

—Rick, no sigas...

—Perdóname, Mel, de verdad estoy arrepentido de lo que hice y lamento que te vayas de casa por eso.

Una sonrisa amarga surcó el rostro algo pálido de Melinda.

—No te preocupes que no me marché solo por *eso* —le aclaró.

—Voy a hablar con Sarah...

—¿No pensarás contarle lo que ha pasado?

—No, no lo haré. Estoy dispuesto a hacer que nuestra relación vuelva a ser como era antes de que se embarazara. Amo a tu hermana y ella me ama, solo que en este período ambos estuvimos algo confundidos.

Melinda miró a su cuñado a los ojos y supo que estaba siendo sincero. Le sería difícil olvidarse de lo que le había hecho pero ella jamás permitiría que Sarah lo supiera.

—Me alegra que pienses así porque mi hermana te adora aunque no te lo demuestre últimamente.

—Entonces quédate, al menos hasta que nazca el niño —le pidió ya sin ninguna doble intención.

—No, Rick, no voy a quedarme. Me regreso a San Francisco esta misma noche —anunció.

La puerta se abrió y Sarah se quedó boquiabierta.

—¿A San Francisco? ¿Por qué? —inquirió Sarah entrando en la habitación. Vio a su esposo pero ni siquiera se preocupó que estuviera haciendo él allí.

—Porque sí —simplemente respondió Melinda cerrando la maleta que ya estaba repleta.

—¿Qué fue lo que ese doctorcito te hizo para que decidieras irte nuevamente?

Rick miró a su esposa.

—¡No me mires de esa manera, Rick! ¡Si la cabezota de mi hermanita se va de Belmont es por culpa de Blake Miller, se ha enamorado de él como una colegiala y ahora decide que lo mejor es irse en vez de quedarse a ver que sucede!

—Sarah no puede haber un futuro posible con Blake y por eso es mejor que me vaya —dijo tratando de sonar calmada.

—¡Estás huyendo y lo sabes!

—¡Maldición, Sarah, no estoy huyendo! —no iba a llorar, se había jurado que no lo haría pero su hermana no dejaba de escarbar en la herida.

Rick permanecía en silencio dejando que las dos hermanas hablaran.

—¿Por qué entonces no lo buscas y hablas con él antes de irte?

—Porque no tiene caso hacerlo, créeme. He pasado ya por esta situación —dijo refiriéndose a su ruptura con su ex.

—Blake no es Matt, Melinda.

—No, no lo es pero se parecen bastante... a ninguno de los dos le emociona la idea de casarse algún día y tú sabes mejor que nadie que ese ha sido uno de mis sueños desde que era una niña.

—¿Se lo has preguntado?

Melinda se rió nerviosa.

—¡Por supuesto que no!

—Sarah, dejemos a tu hermana, creo que necesita estar sola —intervino Rick.

Melinda agradeció en silencio las palabras de Rick porque eso era exactamente lo que necesitaba.

—¡Pero...

—¡Bajemos a ver si Annie ya hizo su tarea!

Ambos se fueron y cuando Melinda se quedó sola se dejó caer en la cama. Se cubrió el rostro con las manos y respiró profundamente.

Se marcharía de regreso a San Francisco y no volvería a ver a Blake.

Se le estrujaba el alma de solo pensarlo pero no tenía otra salida.

Blake y ella tenían una concepción muy diferente del futuro y los sueños que Melinda tenía desde niña no congeniaban con las ideas de Blake.

Él odiaba el matrimonio y ella quería algún día convertirse en su esposa.

Debía poner distancia de por medio si quería olvidarse que alguna vez había amado con tanta pasión a Blake Miller.

Doce

Unas semanas después.

Blake estacionó su Harley Davison en la acera, se quitó el casco y observó el lugar que lo rodeaba. Era la primera vez que estaba en San Francisco y ni siquiera había disfrutado de los días que ya llevaba en la ciudad.

Había llegado con la férrea intención de hallar a Melinda y de llevarla de regreso con él. Para eso había cerrado la consulta inventando unas improvisadas vacaciones que además tenía muy bien merecidas. Stephanie le había dado la antigua dirección de la casa de Melinda en la ciudad pero ella ya no vivía allí.

Su hermana Sarah tampoco tenía noticias de su paradero porque Melinda no había querido decirle donde se instalaría por temor a que se lo contara a él.

La situación había exasperado a Blake quien la buscaba por cielo y tierra desde hacía ya varias semanas.

De vez en cuando hablaba con Stephanie por si había tenido alguna novedad pero era como si a Melinda se la hubiera tragado la tierra. Había querido marcharse y desaparecer y lo había logrado.

Su hermana Sarah tampoco había recibido noticias o al menos era lo que ella le decía cada vez que él la llamaba preguntando por ella.

Había ido a todos los hospitales y centros de salud para saber si no se encontraba trabajando en alguno de ellos pero había sido inútil.

Pero todo había cambiado veinticuatro horas antes. Había llamado a la casa de Sarah y ella le había dicho que Melinda se había puesto en contacto por fin, no le había dicho en donde vivía pero sí le había contado a su hermana que había conseguido empleo como asistente en un centro de salud.

Allí se encontraba él ahora, parado en la acera y mirando aquel edificio de cinco plantas pulcramente pintado de blanco.

Allí dentro se encontraba Melinda y por fin la tendría frente a él para decirle que la amaba con locura y que desde su partida su vida había sido un infierno.

Dejó el casco encima de la Harley, se acomodó la chaqueta y una de sus manos, en un movimiento casi mecánico buscó mecer su cabello. Era la costumbre, se lo había cortado hacía menos de una semana por expreso pedido de su hermana y aún no se habituaba a su nuevo aspecto.

Entró al edificio y ansioso fue hacia las oficinas en donde seguramente se encontraría Melinda trabajando.

Detrás de un gran mostrador una mujer rubia que estaba de espaldas hablaba con una anciana.

Blake se acercó a ella y su corazón sufrió una gran decepción cuando comprobó que no era Melinda.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor? —preguntó la joven amablemente.

Blake miró hacia todos lados, buscándola.

—¿Trabaja aquí la señorita Melinda Carson?

La recepcionista le sonrió.

—Sí, pero hoy es su día libre.

Blake sonrió, al menos sabía que sí trabajaba allí.

—¿Podría ser tan amable de decirme donde puedo ubicarla?

—Señor, usted comprenderá que no tengo permitido dar ese tipo de información sobre el personal del centro de salud.

—Lo sé, señorita... Lesley —dijo leyendo el gafete que colgaba del bolsillo de su camisa—. Lo que sucede es que yo vengo desde Belmont por un asunto urgente, se trata de Sarah, la hermana de Melinda, está a punto de dar a luz y quiere que su hermana esté presente, por eso estoy aquí, ella me ha mandado a buscarla —jamás había mentido tan bien en toda su vida, ni siquiera cuando había estado enredado con más de una mujer a la vez.

La muchacha dudó al principio pero él finalmente con su labia y su encanto logró convencerla.

Abandonó el edificio con la dirección de Melinda escrita en un papel. Se subió a su motocicleta y estampó un beso en aquel pedazo de papel que le regresaría a Melinda por fin.



Melinda salió del cuarto de baño tambaleándose. Acababa de vomitar y el estómago le daba vueltas. Se llevó una mano a la cabeza y la otra la apoyó en su vientre.

Lo que tanto había temido y al mismo tiempo deseado era tan real como las náuseas que la aquejaban cada mañana desde hacía unos cuantos días. Primero habían sido solo sospechas pero luego se había comprado un test casero y le había dado positivo. Volvió a hacerlo una vez más, solo para cerciorarse y ya no había duda posible.

Embarazada y soltera.

Las perspectivas no eran muy favorables pero era el hijo de Blake y eso la colmaba de felicidad.

Fue hasta la cocina de su nuevo apartamento y llenó un vaso con agua. Gracias a Dios aquel era su día libre y podría quedarse en cama todo el día si le apetecía. Bebió el agua despacio porque estaba segura que las náuseas volverían. Por fortuna se equivocó. Sacó un poco de fruta del refrigerador y estaba yendo hacia su cuarto cuando el sonido del timbre la asustó.

Miró su reloj, eran casi las diez de la mañana, no esperaba a nadie y además no muchas personas sabían donde vivía.

Dejó la fruta encima de la mesa y se dirigió hacia la sala. Se anudó la bata que llevaba encima de su camiseta de South Park y sus pantaloncitos cortos y espió por la mirilla de la puerta.

Se quedó de una pieza cuando descubrió que quien estaba al otro lado de la puerta era Blake. Su corazón comenzó a latir alocadamente y por un segundo creyó que se desmayaría.

—Melinda, abre que sé que estás allí dentro —dijo él enérgico.

Melinda sabía que tenía que abrirle pero estaba prácticamente paralizada.

—¡Melinda! ¡Ábreme, por favor! ¡Tengo que hablar contigo, es urgente!

De repente Melinda pensó en Sarah y en la proximidad de su parto y se asustó.

—¿Le sucedió algo a mi hermana? —preguntó abriendo la puerta por fin.

Blake no dijo nada, solo se dedicó a observarla. Hacía varias semanas que no la veía y a él le parecía que habían transcurrido años. Estaba más hermosa que nunca a pesar de su rostro pálido y la expresión de angustia en sus ojos grises.

—No, tu hermana está bien —respondió él por fin.

Melinda lo observó y lo primero que notó fue que él ya no llevaba el cabello largo sino que se lo había cortado y lo peinaba hacia atrás. Estaba diferente pero seguía tan guapo como siempre.

—¿A qué has venido entonces? ¿Cómo me encontraste?

Blake estaba a punto de responder pero ella lo interrumpió.

—No me digas nada, la boca floja de mi hermana te ha dicho donde trabajo y seguramente allí te han dado mi dirección.

Blake asintió. Ella todavía no lo había invitado a entrar y no se atrevió a hacerlo por su propia cuenta. Quería hacer las cosas bien y sobre todo no asustarla.

—He venido hasta aquí para que hablemos, Mel.

Melinda sintió temblar sus piernas cuando él la llamó así.

—Pasa.

Blake entró y luego de echar un vistazo al lugar se dio media vuelta y la miró directamente a los ojos.

—Huiste de mi sin siquiera despedirte.

Melinda agachó la mirada.

—Fue lo mejor.

Blake la contempló mientras ella se sentaba en el sofá. La bata que ella llevaba se abrió y sintió el impulso de acariciar las piernas que se asomaban por debajo.

—No fue lo mejor para mi —alegó él acercándose.

—Créeme, lo fue —dijo ella moviéndose inquieta cuando él se sentó a su lado.

—Estas semanas sin ti fueron las peores de mi vida, Melinda. Te busqué por cielo y tierra y no poder encontrarte me estaba matando.

—¿Has estado buscándome todo este tiempo? ¿Y tú trabajo?

—Me tomé unas vacaciones, además mi secretaria favorita no estaba allí para ayudarme...

—Podrías haber contratado a otra luego de que yo me fui —dijo ella con cierto dejo de tristeza.

—Eres irremplazable, *dulzura*. Jamás habrá otra como tú en mi vida.

Melinda notó que el tono de su voz había cambiado. De pronto tuvo la vaga sensación de que él ya no estaba hablando solo de su secretaria.

—Sé que ha habido muchas mujeres en mi vida y que mi fama de mujeriego no me ayuda demasiado —hizo una pausa para tomar la mano de Melinda—, pero de una cosa estoy completamente seguro... después de ti ya no habrá ninguna otra.

—Blake, Steph me dijo...

—Sé lo que Stephanie te dijo y hasta cierto punto es verdad. No creía en el matrimonio debido a una terrible experiencia que no viene al caso ni siquiera mencionar; por eso dediqué mi vida a salir con toda mujer que se atravesaba en mi camino, pura diversión y cero compromisos. Pero eso cambió el día que te conocí; confieso que al principio te vi como una más y que mi intención era llevarte a mi cama pero luego me di cuenta que eso no me bastaba, que nunca sería suficiente. Quiero vivir el resto de mi vida a tu lado, Mel...

Melinda lo escuchaba y en su corazón sabía que él estaba siendo sincero.

—¿Quieres casarte conmigo, Melinda Carson? —preguntó él de repente poniéndose de rodillas encima de la alfombra.

Ella clavó sus ojos grises en los de él. Había amor en ellos y eso era lo único que le importaba.

—Blake, no es necesario... podemos estar juntos sin casarnos, no quiero obligarte... —comenzó a decir Melinda haciendo un enorme esfuerzo por no llorar.

—De ninguna manera —le dio un beso en las manos y la miró nuevamente a los ojos—. Te amo, Melinda y quiero que te conviertas en mi mujer, en mi esposa y en la futura madre de mis hijos. Solo dime que aceptas.

Melinda se estremeció cuando él mencionó que quería que ella fuera la madre de sus hijos. Ella apretó con fuerza la mano de Blake y se la llevó hasta el vientre.

—Te amo Blake y lo único que deseo en la vida es convertirme en tu mujer, en tu esposa y en la madre de tu hijo —dijo entre lágrimas y sonrisas.

La mirada de Blake se desvió hasta el vientre de Melinda. Ella movía su mano hacia arriba y hacia abajo en pequeños círculos.

—¿Estas... vas a —de pronto las palabras se atoraron en la garganta de Blake.

—Estoy embarazada y vas a ser papá —respondió ella emocionada—. Eso significa que tendrás que contratar a alguien para que me reemplace dentro de unos meses.

Blake ya no pudo contener el llanto, la felicidad de saber que Melinda estaba esperando un hijo suyo era demasiado grande.

—Debo tener una especie de *karma*, es la segunda secretaria en menos de un año que me sale embarazada —dijo en son de broma— ¡Lucy está felizmente casada y Bob es el padre de su hijo! —aclaró.

Ambos se echaron a reír y cuando Blake buscó la boca de Melinda, sus labios se fundieron en un beso tierno y apasionado.

Mientras tanto, sus manos unidas acariciaban el vientre de Melinda en donde se gestaba la prueba más legítima de su amor.

[1] Blake está inspirado en un actor llamado Martin Henderson; por lo tanto Blake le recuerda a él a Melinda. Martin protagonizó la versión bollywoodense de *Pride and Prejudice* de Jane Austen llamada *Bride and Prejudice*.